Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno

Arturo Valenzuela
J. Samuel Valenzuela

Durante los años setenta, los mejores escritos de ciencia política sobre América Latina desplazaron su campo de interés de la preocupación por el desarrollo político, las perspectivas revolucionarias o la transición al socialismo a un énfasis en los orígenes y la naturaleza de los regímenes autoritarios. [1] El derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular en Chile en 1973 contribuyó a reforzar esta tendencia al colocar a ese país, la democracia más duradera que quedaba en el continente, junto con los gobiernos militares en el poder en casi todos los demás países. La "rectificación" del estatus de este caso anómalo simplificó para muchas escuelas la utilización de determinantes culturales, históricos o económicos (o una combinación de ellos) para explicar el surgimiento de regímenes militares corporativos o burocrático-autoritarios. [2]

[1] Para un excelente estudio y evaluación del trabajo en este campo, véase David Collier, *The New Authoritarianism in Latin America* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1979). Este libro refleja los esfuerzos iniciadores de Guillermo O'Donnell (Berkeley, CA: Institute of International Studies, University of California, 1972). Otros trabajos sobre el autoritarismo incluyen a James Malloy, ed., *Authoritarianism and Corporatism in Latin America* (Pittsburgh, PA: Pittsburgh University Press, 1976); Alfred Stepan, *Authoritarian Brazil: Origins, Policies, and Future* (Princeton: Princeton University Press, 1973); Fernando Henrique Cardoso, *Autoritarismo e Democratização* (Río de Janeiro: Paz e Terra, 1975); Norbert Lechner, *La crisis del Estado en América Latina* (Caracas: El Cid Editor, 1977). Para un análisis conceptual más amplio del autoritarismo, véase Juan J. Linz, "Totalitarian and Authoritarian Regimes", en Fred Greensteing and Nelson Polsby, eds., *Handbook of Political Science*, volumen 3 (Reading, Massachusetts: Addison Wesley, 1975).

[2] Para las explicaciones culturales sobre el autoritarismo, véase Howard Wiarda, "Toward a Framework of the Study of Political Change in the Iberic-Latin Tradition: The Corporative Model", *World Politics* 25, núm. 2 (enero de 1973), pp. 206-235. Para un ensayo válido sobre el corporatismo, véase Philippe Schmitter, "Still the Century of Corporatism", *The Review of Politics* 36, núm. 1 (enero de 1974), pp. 124-149. Uno

La nueva bibliografía es rica y sofisticada. Las preocupaciones por la naturaleza del Estado y por la relación entre el capitalismo dependiente y el advenimiento de regímenes militares nos ha apartado mucho de una excesiva inquietud por los temas etnocéntricamente orientados, tales como las funciones de los grupos de interés y partidos subdesarrollados, o por formulaciones simplistas acerca de la conciencia de clase. Existe, de todos modos, el peligro de que, al hacer hincapié en algunas de las comunidades de autoritarismo y los amplios determinantes del fenómeno autoritario, la bibliografía pierda de vista algunas de las particularidades históricas y estructurales de diferentes experiencias nacionales y minimice la importancia de fenómenos políticos tales como el vigor previo de los grupos e instituciones de oposición. La viabilidad de los grupos de oposición es fundamental para comprender adecuadamente los regímenes autoritarios o las "situaciones autoritarias" y sus perspectivas futuras.[3] En gran medida, la nueva bibliografía ha pasado por alto este aspecto al centrarse, ya sea en un intento por descubrir la etiología socioeconómica del autoritarismo o en una caracterización basada sobre un examen del perfil formal del Estado y de los pronunciamientos políticos y objetivos oficiales. El énfasis general ha sido puesto en los elementos más inmediatamente aparentes de la situación autoritaria, aquellos que se desprenden directamente de los planes, objetivos y concepciones impuestos por los círculos gobernantes mismos.

El propósito del presente artículo es subrayar la importancia de la oposición en la "situación" autoritaria chilena, enfocando las características y vitalidad de aquellos elementos de oposición, especialmente los partidos políticos, que constituyen alternativas al régimen y son, en consecuencia, candidatos principales de la supresión gubernamental. Nuestro objetivo es describir qué les ocurrió a las organizaciones políticas que se mantuvieron en la primera línea del escenario durante varias generaciones antes del golpe de 1973. Nos ocuparemos por lo tanto de los problemas internos de partidos que debieron pasar de organizaciones esencialmente electorales a organizaciones semi o totalmente clandestinas, de la relación que existe entre los diversos partidos en la medida en que tratan de llevar a cabo estrategias comunes para remplazar el régimen, de las relaciones

de los primeros intentos de evaluación de la experiencia chilena a la luz de estos trabajos es *Transitions to Stable Authoritarian Corporate Regimes: The Chilean Case?*, de Robert Kaufman, Sage Professional Papers, Comparative Politics Series 1, núm. 01. 060, 1976.

Guillermo O'Donnell explica desde el punto de vista económico y estructural el ascenso del autoritarismo. Para un artículo reciente que discute el caso chileno dentro del marco de otros casos del Cono Sur, véase sus "Reflections on the Patterns of Change in the Bureaucratic-Authoritarian State", *Latin American Research Review*, volumen XIII, núm. 1, 1978.

[3] Juan Linz utiliza el término "situación autoritaria" para referirse a los casos autoritarios que tienen escasa institucionalización política; contrapone explícitamente esta noción a la de *régimen* autoritario. Véase su artículo "The Future of the Authoritarian Situation", en Alfred Stepan, *Authoritarian Brazil, op. cit.*, p. 235.

variables y complejas entre organizaciones partidarias y otros elementos de la sociedad civil.

Nuestra tesis central es que los partidos políticos chilenos que han tenido una prolongada presencia, si bien enfrentan un desafío inigualado en la historia del país, son organizaciones notablemente persistentes y con profundas raíces en el tejido político del país. No desaparecerán tan fácilmente como lo desean los simpatizantes del gobierno o como lo temen los detractores de éste. Verdaderamente, la continuidad de los partidos chilenos en el cuerpo político es tal que, a pesar de las dramáticas transformaciones en la función del Estado y de la privatización de la economía, esos partidos seguirán desempeñando funciones políticas clave en virtud de su anterior inserción en la trama de la vida nacional. Las estructuras partidarias no sólo proporcionan la principal base organizativa para formular un régimen alternativo, sino que, probablemente, también lograrán una posición significativa en el nuevo espacio político suministrado, paradójicamente, por el régimen militar para destruir la política partidaria.

Antes de analizar los partidos como grupos de oposición al gobierno de Pinochet, es necesario describir muy brevemente el panorama de la oposición al régimen y el lugar que ocupa la política partidaria dentro de esa oposición. Es también necesario describir con mayor detalle la naturaleza del sistema de partidos preexistente, subrayando aquellos aspectos que contribuyan a nuestra comprensión de su lugar dentro del nuevo contexto autoritario.

Observaciones generales sobre la oposición al régimen militar chileno

El escenario político chileno posterior a 1973 fue determinado por el hecho de que los líderes del pronunciamiento * del 11 de septiembre definieron la "crisis" de la nación como de régimen y de sociedad más que de gobierno. [4] Según su punto de vista, la crisis era simplemente un síntoma de inadecuaciones fundamentales entre la democracia de Chile y el sistema de partidos, caracterizado por fuerzas que luchaban por la construcción de un Estado cada vez más dominante y centralizado que exacerbaba el subdesarrollo económico, y por una politización desenfrenada y divisio-

* En español en el original. [T.]

[4] Esta afirmación por parte de los funcionarios del gobierno aparece en todas sus principales declaraciones sobre el pasado y en su visión del futuro. La más significativa de estas declaraciones iniciales es la "Declaración de Principios de la Junta de Gobierno de Chile" contenida, entre otras fuentes, en *El Mercurio*, International Edition, marzo 10-17, 1974, p. 4.

nista que favorecía el ascenso de una izquierda marxista. Por eso su objetivo no era un mero intento reactivo de corregir los excesos percibidos en una sociedad movilizada mediante un interregno que posibilitara la reversión del *statu quo* anterior; el gobierno militar consideraba que su tarea era también de regeneración, una tentativa tanto de construir como de reconstruir la democracia y el sistema de partidos de Chile.[5] La formulación de este proyecto renovador establece el escenario para una posterior política de golpe en la medida en que produce una distinción fundamental dentro del caleidoscopio de las oposiciones. De esta manera, es posible distinguir, por un lado, un sector opositor pero favorable a un régimen militar, cuya posición deriva de su aceptación de la necesidad y legitimidad de la tarea regeneradora. Es asimismo posible identificar una oposición caracterizada por su rechazo del proyecto renovador.

La oposición que en realidad está a favor del régimen corresponde a los grupos o individuos que Juan Linz identifica como la "semioposición" a los regímenes autoritarios, esto es, aquellos que "no son dominantes o no están representados dentro del grupo gobernante pero que desean participar en el poder sin oponerse fundamentalmente al régimen. Esta actitud implica una crítica parcial y cierta visibilidad e identidad fuera del círculo interior de participantes en la lucha política".[6] Los grupos de oposición a favor del régimen no son, sin embargo, tan numerosos en Chile como lo eran durante el régimen franquista que sirve de modelo para el análisis que hace Linz de las oposiciones a los regímenes autoritarios. Una de las razones de esto es que Chile, contrariamente a España, no tenía un amplio conjunto de organizaciones derechistas —desde los monarquistas hasta los fascistas— cada una con sus características institucionales específicas para el futuro. De las tres organizaciones de extrema derecha en Chile, *Patria y Libertad,* la *Sociedad para la Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad* y el *Opus Dei,* sólo la primera era bien conocida por la notoriedad de sus militantes en manifestaciones callejeras, y es la única de la que puede decirse que se convirtió en representativa de una semioposición.[7] Si bien Patria y Libertad autoproclamó su disolución

[5] Una vez más todas las declaraciones políticas importantes del gobierno se refieren a la necesidad de llevar a cabo esta misión regeneradora, tema que ya aparecía en la *Declaración de Principios* del gobierno. Sin embargo, la más explícita formulación de esta misión regeneradora aparece en el discurso del general Pinochet acerca de las "siete modernizaciones"; véase *El Mercurio,* 12 de septiembre de 1979, pp. C-6 a C-8 para su texto. Este discurso completa otro anterior, una formulación más vaga de la misión regeneradora que aparece en la alocución de Pinochet al movimiento de la juventud gubernamental en el cerro de Chacarillas en Santiago. Conocido como el plan de Chacarillas, el texto de este discurso se publicó en *El Mercurio* el 10 de julio de 1977, pp. 33 y 37.

[6] Juan Linz, "Opposition to and under and Authoritarian Regime", en Robert Dahl, *Regimes and Oppositions* (New Haven: Yale University Press, 1973), pp. 191-192. Hemos eliminado las cursivas que aparecen en el original.

[7] Para un breve análisis de estos grupos, véase Armand Mattelart, "Un fascisme créole en quete d'idéologues", en *Le Monde Diplomatique,* julio de 1974, p. 7.

desde 1973, su líder, Pablo Rodríguez Grez, ha insistido a lo largo de los años desde el golpe militar en la necesidad de generar un "movimiento cívico nacional" de apoyo al gobierno y, al menos hasta la aprobación de la Constitución de 1981, se mostró favorable a un arreglo corporativo institucional.[8]

Una segunda razón de esta relativa escasez de grupos de semioposición en Chile en comparación con el caso español radica en el hecho de que el gobierno de Pinochet es mucho más rígido, escrupuloso, menos institucionalizado y con una base mucho más estrecha que el régimen franquista. Después de todo, el régimen de Franco incluyó a representantes de casi todos los grupos que lucharon contra los republicanos durante la guerra civil, tuvo su parlamento, toleró un amplio margen de libertad académica y la publicación en España así como la importación en su territorio de libros que representaban todos los matices de opinión, y permitió el desarrollo de periódicos que se mostraban de vez en cuando bastante críticos con respecto al gobierno —nada de lo cual puede decirse de las condiciones pasadas o actuales en el régimen militar chileno.[9] En vista de que este último se apoya en un pequeño círculo de consejeros que elaboran políticas derivándolas de una visión de la sociedad inspirada en la doctrina del mercado libre sin ni siquiera consultar las opiniones de los interesados que resultarán afectados, y puesto que cualquier crítica persistente por parte de grupos exteriores al equipo de gobierno caerán inevitablemente bajo la sospecha de abrigar motivos políticos ulteriores de índole subversiva, queda muy poco espacio o incentivo en Chile para crear grupos que sean opositores declarados de ciertas políticas pero sin dejar de apoyar globalmente al régimen. Hay sencillamente muy pocas oportunidades de que tales grupos ejerzan alguna influencia en el proceso de elaboración de políticas en vista de la inflexibilidad del gobierno y de su carácter monolítico, o de que sus líderes notorios sean convocados a formar parte del equipo de gobierno dada la estrechez del reclutamiento dentro de éste. Por tanto, las críticas individuales a favor del gobierno son expresadas en privado. El hecho de que el único grupo de semiopositores al régimen que pueda expresarse sea uno de extrema derecha tan sólo confirma este análisis: la extrema derecha estaba completamente aislada durante el régimen democrático anterior, y, por lo tanto, no se puede sospechar que desee un regreso al pasado. Representa un tipo de semioposición "más papista que el Papa".

[8] Es evidente que la línea de Rodríguez no prevaleció sobre otras, pues la Constitución de 1981 sólo contempla mecanismos de representación corporativa a nivel municipal. Sin embargo, el propio Rodríguez se declaró satisfecho con el documento de 1981 al ser entrevistado por *El Mercurio*. Véase la edición de este diario del 17 de agosto de 1980, p. D-1, donde afirma que un marco político corporativo requiere de hecho una mayor "madurez política" de la que tiene Chile.

[9] Para una discusión de la amplia variedad de grupos que formaron parte del régimen de Franco a través de los años, véase Amado de Miguel, *Sociología del franquismo* (Barcelona: Editorial Ergos, 1975).

La falta de estímulos para crear grupos de opositores visibles a favor del régimen no significa, sin embargo, que no existan diferencias apreciables entre los partidarios del proyecto autoritario de transformación de la sociedad chilena. Estas diferencias sólo se expresan abiertamente en las pocas ocasiones en que el gobierno propicia comentarios públicos acerca de un asunto político pendiente, o, como suele suceder la mayor parte del tiempo, cuando los provoca inconscientemente al no lograr determinar claramente la acción que debe emprenderse para la resolución de un problema particular. Sin embargo, estas diferencias entre varias personalidades, grupos o círculos dentro del régimen desaparecen rápidamente bajo un velo de consenso en cuanto el jefe de Estado traza una línea de acción clara. Los debates que precedieron la promulgación de la nueva Constitución en 1981 brindan un ejemplo de la división en facciones entre los partidarios del régimen en torno a diferencias de opinión relativas a alguna cuestión pendiente y muy importante, ya que llevan a establecer la distinción entre las llamadas línea suave y línea dura. Ambos grupos intentaban claramente elaborar un marco político que se anticipara al resurgimiento de partidos marxistas. Sin embargo, los partidarios de la línea dura se mostraron favorables al prolongamiento indefinido del régimen militar, o a la designación de una carta corporativa que rompería, por lo tanto, con la tradición constitucional chilena. Los de la línea suave argumentaron a favor del regreso a un sistema constitucional semejante a los democrático-liberales de antes, con partidos y elecciones basadas en unidades territoriales más que corporativas, afirmando además que se evitaría el resurgimiento de los partidos marxistas gracias a los cambios profundos que producirán las políticas gubernamentales en la economía y la sociedad chilenas y que, a largo plazo, crearán un sistema de consenso político y social.[10] Sin embargo, estas diferencias aparentemente profundas fueron dejadas a un lado públicamente por los partidarios del régimen en cuanto el general Pinochet anunció una línea de acción definitiva y firme. Así, al menos por el momento, estos debates internos sólo han producido facciones dentro del régimen pero no claras semioposiciones. Para que esto ocurriera, el régimen debería volverse menos estrecho e inflexible, permitiendo espacios institucionalizados y legítimos para la expresión de desacuerdos dentro del marco general del proyecto político autoritario.

Pasemos ahora a las *oposiciones en contra del régimen* a las que están dedicadas la mayor parte de estas páginas. Resulta útil clasificar dichas oposiciones en dos sectores, como lo resume la figura 1.

La primera dimensión concierne al carácter y a los objetivos del grupo opositor: si puede ofrecer alternativas de poder o si está constituido con algún otro propósito. Los partidos políticos y las organizaciones militares

[10] Ésta es en particular la línea de pensamiento del Grupo Nueva Democracia, que publica la revista *Realidad*. Este grupo tiene afinidades con los "Chicago boys" que articulan y aplican la política económica del gobierno.

clandestinas son los únicos que procuran y son potencialmente capaces de suministrar una alternativa de gobierno.

Figura 1

UBICACIÓN DE LAS OPOSICIONES CONTRARIAS AL RÉGIMEN SEGÚN EL NIVEL DE TOLERANCIA Y EL CARÁCTER DE LA ALTERNATIVA AL RÉGIMEN

	Tolerados	*No tolerados*
Alternativa al régimen	Demócratas cristianos	Partidos de la UP Grupos militares clandestinos
Sin alternativa al régimen	Iglesia Sindicatos Grupo de investigación	Redes políticas clandestinas en el movimiento obrero

Otras organizaciones, como la Iglesia y los sindicatos de trabajadores, si bien pueden constituir parte de la oposición contraria al régimen, no poseen los objetivos ni las capacidades organizativas o de liderazgo como para remplazar al régimen. Esto es válido aun cuando las "organizaciones no alternativas" puedan desempeñar, como señalaremos más adelante en este artículo, ciertas funciones suministrando una "sombrilla de legitimidad" y un "espacio organizativo" a los partidos políticos.

Los grupos de oposición contraria al régimen también varían significativamente por el grado de tolerancia que las autoridades tienen por las actividades del grupo o institución. Esta segunda dimensión no es inmutable y constituye más un *continuum* que una dualidad claramente definida. El nivel de tolerancia puede cambiar para todos los grupos o para los grupos particulares, lo cual depende de la coyuntura particular. Algunos grupos contrarios al régimen han gozado generalmente en Chile de un alto nivel de tolerancia. La Iglesia, por ejemplo, ha podido actuar con relativa libertad debido a su fuerte legitimidad institucional.[11] Otros

[11] Acerca de la postura de la Iglesia bajo el gobierno militar actual, véase *The Church and Politics in Chile: Challenges to Modern Catholicism* de Brian Smith, de próxima publicación (Princeton: Princeton University Press, 1982), y su "Old Allies, New Enemies: The Catholic Church as Opposition to Military Rule in Chile", patrocinado por el Latin American Program of the Woodrow Wilson International Center for Scholars, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

grupos como los sindicatos de trabajadores, la prensa, las organizaciones profesionales y de investigación son generalmente tolerados porque constituyen abiertamente organizaciones funcionales más bien que políticas. Otro, como el Partido Demócrata Cristiano, es tolerado porque los costos, tanto nacionales como internacionales, de reprimir a un partido tan claramente identificado con la oposición democrática al gobierno de Allende superarían francamente los beneficios que el régimen obtendría de ello. En el otro extremo del *continuum* se encuentran grupos de oposición como los partidos políticos y las organizaciones laborales identificadas con el gobierno de la Unidad Popular, que sufrieron el ataque más rudo de la represión oficial y siguen estando estrechamente controlados por los aparatos de seguridad.

La historicidad del sistema de partidos chileno: algunos mitos y realidades

Si bien el gobierno tolera algunos grupos de oposición, tales como el Partido Demócrata Cristiano porque está sujeto a restricciones políticas, es evidente que el objetivo principal del proyecto regenerador del gobierno es liquidar el tradicional sistema de partidos chileno. En los círculos gubernamentales existe consenso de que dicho objetivo puede y será alcanzado tanto a través de acciones directas (por ejemplo la creación de nuevas organizaciones intermediarias "curadas" de la influencia de los partidos) como indirectas (consecuencia de las transformaciones significativas que están ocurriendo en la economía y la sociedad). Presuntamente estas transformaciones conducirán a una mayor modernización, a un mayor compromiso en el sistema y a un sistema político más consensual, en el que la política de los partidos marxistas o que compiten con sus consignas sean cosa del pasado. Ciertamente, la línea oficial es que los partidos políticos chilenos se han vuelto obsoletos y que todo lo que queda de ellos son unos pocos ex líderes desocupados que siguen adheridos al pasado de manera desencaminada.

Este proyecto político se basa en ciertos presupuestos acerca del sistema de partidos chileno que sólo recientemente han sido articulados de un modo más sistemático por los voceros del gobierno. El mejor ejemplo, de lejos, es un artículo de Jaime Guzmán, miembro de la Comisión Constitucional y cercano asesor y escritor de discursos de Pinochet. El artículo, titulado "El camino político", * fue publicado en el periódico *Realidad* y reimpreso destacadamente por *El Mercurio,* el periódico más influyente del

* En español en el original. [T.]

país.[12] Guzmán, con una argumentación que sigue de cerca algunos de los discursos recientes del jefe del ejecutivo, sostiene que los partidos chilenos constituyeron una expresión anormal de la política de una sociedad subdesarrollada, con los adornos formales de los procedimientos democráticos.[13] Si bien la democracia chilena funcionó bien en el siglo XIX cuando los sectores populares estaban excluidos del sistema político, se deterioró significativamente con la expansión del electorado y, particularmente, con las reformas electorales de 1958, que condujeron a un dramático aumento del sufragio y a una acentuación de la política de regateo y maximización de las demandas. El advenimiento de la democracia de masas en un país subdesarrollado que carecía del desarrollo requerido para asegurar la lealtad de la población al orden socioeconómico predominante, se encuentra en la raíz del ascenso de la fortuna electoral de los partidos marxistas y del crecimiento irresponsable de un sector público impulsado por políticos que se esforzaban por satisfacer los caprichos del electorado.

Dicho análisis involucra dos conjuntos de presupuestos estrechamente relacionados. En primer lugar, supone que el crecimiento de la izquierda es un fenómeno reciente y que está muy relacionado con la expansión del sufragio. En ese sentido, el voto de izquierda es un producto del subdesarrollo, el resultado natural de una población miserable movilizada a la que es fácil arrastrar mediante apelaciones demagógicas o soluciones revolucionarias.

El segundo presupuesto deriva del primero y, ciertamente, ayuda a explicarlo. Los partidos chilenos tienen líderes oportunistas o ideológicos y militantes que carecen de seguidores reales en el cuerpo político. Obtienen el apoyo de electorados cambiantes, pero no reflejan tendencias políticas fundamentales. Las divisiones de la sociedad fueron simplemente estructuradas por los líderes para sus propios fines a través de manipulaciones del proceso electoral. Se deduce de ello que la eliminación de los militantes y líderes de los partidos iniciará un largo camino hacia la supresión de las efímeras lealtades partidarias de los ciudadanos chilenos. La estructuración de nuevas organizaciones y la gradual modernización de la sociedad asegurarán que Chile jamás volverá a una democracia deficiente en el futuro.

Nosotros sostenemos que los partidos no han desaparecido, ni lo harán en el futuro previsible. Los presupuestos subyacentes del pensamiento gubernamental están cargados de concepciones erróneas acerca de la naturaleza de la política partidaria chilena. Una refutación de estos mitos contribuirá no sólo a señalar las limitaciones de las políticas gubernamentales sino que proporcionará las bases necesarias para comprender la continuidad del sistema de partidos bajo la situación autoritaria chilena.

[12] Véase *El Mercurio*, 26 de diciembre de 1981, pp. C-4 y C-5.
[13] Véase el discurso del general Pinochet, "Las siete modernizaciones", *op. cit.*

Mito núm. 1: El ascenso de la izquierda está estrechamente vinculado a la expansión del sufragio y su vigor deriva de llamamientos demagógicos a la mayoría de los ciudadanos empobrecidos de un país subdesarrollado.

Inclusive un examen rápido de los datos de participación y del voto de izquierda muestra que no existe una relación directa entre la expansión del sufragio y el caudal de los partidos marxistas. La figura 2 muestra un gráfico del crecimiento de la participación electoral en Chile y del electorado de los partidos comunista y socialista. Ya en las primeras décadas de este siglo podemos observar que los partidos marxistas (el Partido Socialista Obrero, fundado en 1912 y convertido en Partido Comunista en 1921, y el Partido Socialista, fundado en 1933) surgieron en distritos obreros en una época en que el electorado estaba de hecho contraído, no cuando se encontraba en expansión.

Similarmente, la importante expansión del sufragio a fines de los años sesenta no fue acompañada por un aumento significativo de los caudales de los partidos marxistas hasta la propia administración de Allende. Lo verdaderamente notable es que los dos partidos de izquierda tuvieran aproximadamente el mismo porcentaje en las elecciones de 1941 y 1973, con una declinación en los caudales electorales de izquierda durante los años intermedios debido a la proscripción del Partido Comunista en la posguerra inmediata. (Véase la parte inferior del cuadro 3.)

Estudios más sistemáticos de la relación entre resultados y votación a partidos confirman estas observaciones generales. El cuadro 1, que indica los coeficientes de correlación entre el porcentaje de la población elegible en 1969 y los votos a los principales partidos de Chile, comuna por comuna, muestra una escasa relación entre las dos variables. Verdaderamente, la única vinculación positiva de alguna consecuencia no es con los partidos de izquierda sino con el Partido Nacional de derecha.

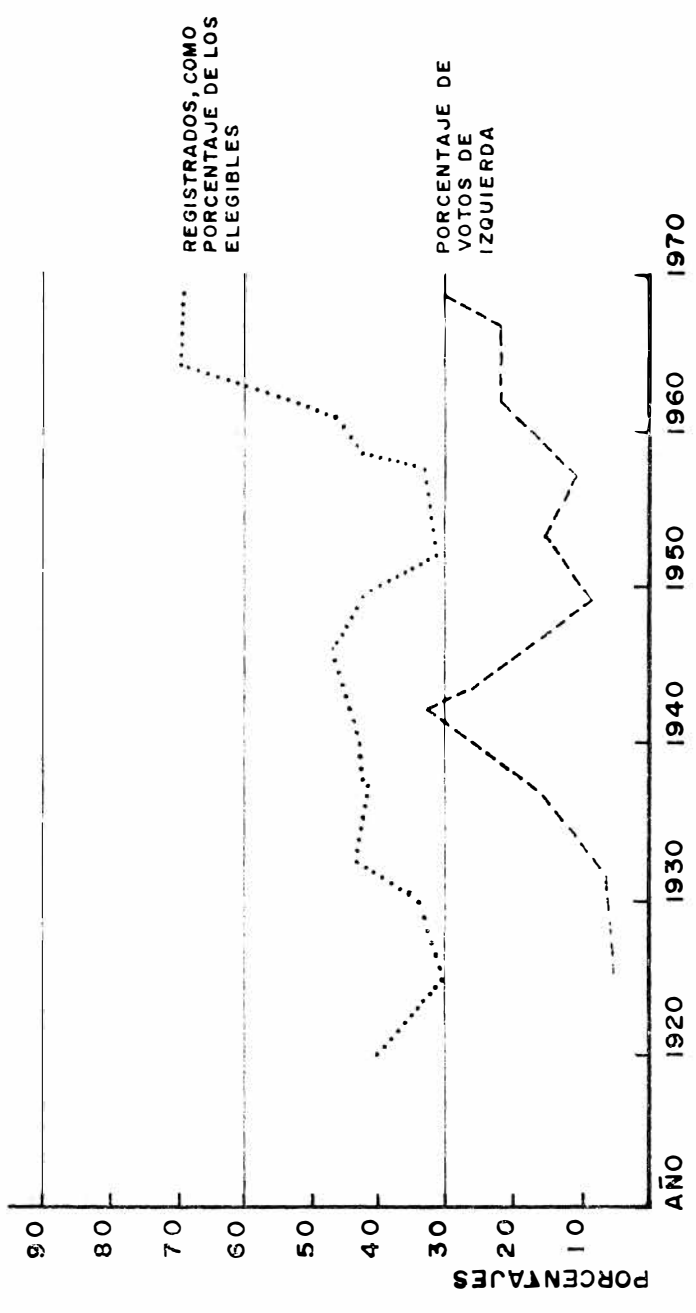
Conclusiones similares pueden extraerse de un examen más detallado de las correlaciones políticas de la expansión electoral en el período clave de la posguerra que se extiende de 1958 a 1973. En 1958 fue derogada la Ley Permanente de la Defensa de la Democracia,* luego de más de una década de proscripción del Partido Comunista.[14] El retorno del Partido

* En español en el original. [T.]

[14] La Ley Permanente de Defensa de la Democracia se adoptó en 1948 a raíz del inicio de la Guerra Fría por la administración de Gabriel González Videla que, irónicamente, había sido elegido en 1946 con el apoyo del Partido Comunista y había incluido miembros de este partido en su gabinete. Este cambio se debió en primer lugar a la preocupación ante el creciente ascenso electoral del Partido Comunista y a las considerables presiones ejercidas sobre Chile por los Estados Unidos. Esta ley condujo al encarcelamiento de numerosos militantes prominentes del Partido Comunista, incluyendo a un buen número de dirigentes sindicales, y proscribió a dicho partido de la participación en elecciones.

La ley se volvió un problema en la campaña presidencial de 1952. El candidato victorioso, el presidente Ibáñez, prometió durante su campaña abrogar la ley, pero no

FIGURA 2 PARTICIPACION POLITICA, 1912-1970



FUENTE:

Comunista a la política electoral y varias reformas electorales importantes, particularmente las cruciales reformas de 1958 y 1962 que garantizaron una votación secreta y dieron mayor rigor a las penalidades por no registrarse, condujeron a una fuerte expansión del electorado a comienzos de los años sesenta.[15] Esta expansión fue seguida por las reformas de 1970, que redujeron la edad electoral a 16 años y suprimieron el requisito de alfabetismo. El voto total aumentó de 880 mil en la elección al Congreso de 1957 a 1 400 000 en 1961. En la elección al Congreso de 1969 la población electoral se aproximó a dos millones y medio, para incrementarse a más de tres millones y medio en 1973. De 1960 a 1971 la población electoral se duplicó como porcentaje de la población total, pasando del 15 a cerca del 30%.

Cuadro 1

CORRELACIONES ENTRE LOS VOTOS OBTENIDOS POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS CHILENOS Y LOS PORCENTAJES DE LA POBLACIÓN ELEGIBLE REGISTRADA PARA VOTAR, POR COMUNA, EN LA ELECCIÓN PARLAMENTARIA DE 1969

	Votos de los partidos				
	Comunista	*Socialista*	*Radical*	*Demócrata Cristiano*	*Nacional*
Nivel de participación	.04	-.04	-.03	-.05	.13
N=287					

FUENTE: Calculado sobre la base de datos electorales disponibles en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

lo hizo hasta 1958, unos cuantos meses antes de las elecciones presidenciales de aquel año.

[15] La principal innovación en las leyes electorales de 1958 y 1962 fue la adopción de la "Cédula Única". Esto significaba que en vez de tener boletas separadas para cada una de las listas de candidatos, los nombres de las distintas listas se imprimirían en una sola boleta. Este cambio impidió que los agentes de los partidos determinaran las preferencias de los electores en el cuarto secreto mediante indicadores cuyo refinamiento era todo un arte, tácticas especialmente utilizadas para controlar las preferencias de los electores en el cuarto secreto mediante indicadores cuyo refinamiento era todo un arte, tácticas especialmente utilizadas para controlar las preferencias electorales del campesinado. Para una discusión de estas tácticas, véase Federico Gil, *The Political System of Chile* (Boston: Houghton Mifflin, 1966), pp. 215-224. El otro cambio importante fue el fortalecimiento de la obligación de votar al exigir la presentación de los números de registro electoral en los trámites con la burocracia estatal e incluso para abrir cuentas bancarias.

El cuadro 2 examina los coeficientes de correlación simple entre los incrementos del electorado en años cruciales y los resultados de los partidos chilenos comuna por comuna. Las columnas 1 y 5 se centran en los correlatos políticos inmediatos de los cambios de 1958-1960 y 1970 en la legislación. Las columnas restantes se centran en la expansión acumulada del electorado de 1961 a 1965, 1969 y 1973. Puede verse inmediatamente, al examinar este cuadro, que la única correlación de alguna importancia es la que existe entre el voto al Partido Comunista y la expansión electoral que tuvo lugar entre 1957 y 1961. Esto puede ser claramente atribuido al retorno del Partido Comunista como fuerza legal. Los comunistas se habían abstenido de votar por otros partidos y por eso los incrementos en la participación electoral están correlacionados con el voto comunista al comienzo de la expansión electoral. Pero en ningún otro momento existe una fuerte correlación entre el voto de izquierda y los incrementos del caudal electoral. La única correlación que se destaca además de la señalada es la de .25 para los demócratas cristianos en los años de su mayor expansión: de 1961 a 1965. Sin embargo, inclusive esa correlación es tan baja que sugiere que los incrementos en la participación no beneficiaron a ningún partido en especial en detrimento de los otros. El fuerte aumento de la participación electoral en Chile fue acompañado por un aumento correspondiente en la capacidad de los altamente organizados partidos políticos para captar a los votantes agregados a las listas. A su vez, esto significó que las tendencias políticas fundamentales de la sociedad chilena se mantuvieron muy estables a lo largo del tiempo. Los desplazamientos que tuvieron lugar fueron más el resultado de cambios en las coaliciones, como por ejemplo el apoyo de la derecha a los demócratas cristianos en 1964 (con su vuelco en la elección de 1965), que de las fluctuaciones de un electorado nuevo y amorfo. Y dichos cambios se relacionan con la inestabilidad del centro en el polarizado sistema de partidos chileno y no afectan mucho la estabilidad de los votos de izquierda. [16]

Tal vez el indicador más dramático del carácter mítico de la afirmación de que existe una fuerte correlación entre la expansión del sufragio y el voto de izquierda, es el hecho de que Salvador Allende sólo recibió en 1970 el 13% de los nuevos votantes que fueron añadidos a las listas entre 1964 y 1970; el grueso de los nuevos electores apoyó la candidatura de Arturo Alessandri. [17] Esto explica en gran medida el hecho de que Allende recibiera en 1970 un porcentaje menor del voto total del que recibió en la elección presidencial de 1964. En realidad, lo notable acerca de los significativos incrementos de la participación electoral en los últimos cuarenta años es lo poco que cambiaron las partes relativas del voto recibidas por

[16] Para una discusión sobre el sistema de partidos chileno, véase Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1978), capítulo I.

[17] *Ibid.*, p. 39.

los principales partidos políticos. Si bien, como muestra el cuadro 3, la izquierda fue incrementando su caudal electoral respecto de la derecha, la volubilidad política chilena puede encontrarse en los partidos de centro y no en los dos extremos del espectro.

Cuadro 2

CORRELACIONES ENTRE LOS VOTOS OBTENIDOS POR LOS PARTIDOS CHILENOS Y EL INCREMENTO DEL CAUDAL ELECTORAL EN DIVERSOS PERÍODOS

	Incremento electoral				
Partidos	*Incremento de* 1957 *a* 1961	*Incremento de* 1961 *a* 1965	*Incremento de* 1961 *a* 1969	*Incremento de* 1961 *a* 1973	*Incremento de* 1969 *a* 1973
Comunista	.40	.08	.04	—.10	—.01
Socialista	.11	.04	.12	.13	.09
Radical	.08	—.13	—.17	—	—
Demócrata Cristiano	—.11	.25	—.12	.06	—.09
Conservador	—.15	—.08	—	—	—
Liberal	—.08	—.16	—	—	—
Nacional	—	—	.05	.21	—.07
N=287					

NOTA: El Partido Nacional se formó mediante la fusión de los partidos conservador y liberal. Los resultados obtenidos por el Partido Radical no se indican después de 1969 debido a la ruptura del mismo. Las correlaciones son coeficientes de correlación de Pearson simple.

FUENTE: Calculado sobre la base de información electoral disponible en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

Cuadro 3

PORCENTAJE DE VOTOS RECIBIDOS POR LOS PARTIDOS DE DERECHA, CENTRO E IZQUIERDA EN LAS ELECCIONES PARA EL CONGRESO CHILENO DE 1937 A 1973.

ELECCIONES DE DIPUTADOS. VOTOS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS COMO PORCENTAJE DEL TOTAL DE VOTOS

	1937	1941	1945	1949	1953	1957	1961	1965	1969	1973	Sig.
DERECHA (Conservador, Liberal, Nacional después de 1965)	12.0	31.2	43.7	42.0	25.3	33.0	30.4	12.5	20.0	21.3	30.1
CENTRO (Radical, Falange Dem. Cristiano Laborista, Agrario)	28.1	32.1	27.9	46.7	43.0	44.3	43.7	55.6	42.8	32.8	39.7
IZQUIERDA (Socialista, Comunista)	15.4	33.9	23.1	9.4	14.2	10.7	22.1	22.7	28.1	34.9	21.5
OTROS	14.5	2.8	5.3	1.9	17.5	12.0	3.8	9.2	9.1	11.0	8.7

FUENTE: Dirección del Registro Electoral. Santiago, Chile.

La falta de una clara relación entre expansión del sufragio y estabilidad del electorado de izquierda a lo largo del tiempo, plantea cuestiones acerca del correspondiente presupuesto de que la izquierda se fortalece gracias a su capacidad para dirigir apelaciones demagógicas a la mayoría de los ciudadanos pobres del país. De hecho, la impresionante investigación de Alejandro Portes deja efectivamente fuera del juego a las teorías que atribuyen el voto de izquierdas en Chile a sectores desposeídos o relativamente imprevisores.[18] Portes muestra que cuanto menor es el ingreso y el estatus ocupacional de los consultados en vecindarios de clase obrera, tanto menor la probabilidad de que voten por la izquierda. La inestabilidad del estatus y la frustración social tampoco se asocian con el voto a los partidos marxistas. Los ciudadanos más humildes y más frustrados muestran, por

[18] Véase Alejandro Portes, "Occupation and Lower-Class Political Orientations in Chile", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, eds., *Chile: Politics and Society* (New Brunswick, N.J.: Transaction Books, 1976).

cierto, niveles de voto izquierdista que son "bastante similares a los que se encuentran en la categoría más alta y menos frustrada: los servicios intermedios y los 'cuellos blancos' ".[19] La investigación de Portes señala que los obreros que están muy integrados a la comunidad y tienen las ocupaciones industriales mejor pagadas, votarán más probablemente por la izquierda que los que se encuentran en los márgenes de la sociedad.

Las conclusiones de esta investigación se apoyan en estudios efectuados en otros países latinoamericanos.[20] También se confirman con investigaciones europeas. El trabajo de Richard Hamilton sobre la clase trabajadora francesa demuestra concluyentemente que los niveles más altos de ingreso en los obreros de áreas industriales no están vinculados a un descenso del apoyo al Partido Comunista.[21] El autor arguye que el ascenso de la fuerza de la izquierda en Francia es resultado directo de un proceso de modernización que ha incorporado un número creciente de trabajadores a los empleos industriales mejor pagados. La significativa mejoría de su estándar de vida no altera el hecho de que ingresan en un ambiente donde el sindicato vinculado al comunismo es un agente de socialización clave, que proporciona el grupo político crítico de referencia, que a su vez contribuye a determinar las lealtades políticas. Con su extraordinario crecimiento y desarrollo en el período de posguerra, la experiencia francesa contradice, por cierto, la opinión simplista de que el desarrollo económico creará, por sí solo, las reglas básicas de una política consensual, opuesta a una política clasista.

Mito núm. 2: El sistema de partidos chileno está constituido por cuadros y militantes que se beneficiaron con el sistema anterior pero que están poco arraigados en la sociedad.

Caracterizar el sistema de partidos chileno como meras maquinaciones de unos pocos militantes es negar el desarrollo, llevado a cabo durante varias generaciones, de un sistema de partidos profundamente arraigado en la sociedad, en el cual los líderes no sólo estructuran alternativas políticas sino que convocan y responden a tendencias más básicas e históricamente definidas del electorado. Elaboraremos más adelante esta relación compleja y dialéctica. En este momento es necesario hacer algunas observaciones acerca de la historicidad de las alternativas partidarias en Chile y de su importancia para la creación de mecanismos permanentes de identificación partidaria, es decir, lo que llamaremos "panorama político" difícil de suprimir.

[19] *Idem.*, p. 217.

[20] Véase, por ejemplo, Alejandro Portes, "Urbanization and Politics in Latin America", en *Social Science Quartely* 52, núm. 3, diciembre de 1971, en donde discute no sólo su propio trabajo sino además el de estudiosos que señalan consecuentemente hallazgos semejantes a partir de investigaciones realizadas en otros medios latinoamericanos.

[21] Richard Hamilton, *Affluence and the French Worker in the Fourth Republic* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1967).

A. *La creación de un panorama político*

La base para la formación de partidos se encuentra en la presencia de una serie de segmentaciones históricas, sociales e ideológicas en una sociedad nacional, que desarrolla polaridades alrededor de las cuales se asocian fracciones de la élite política y grupos de militantes.[22] Dos segmentaciones generativas fundamentales han actuado en Chile para la creación de partidos. Estado *versus* Iglesia y trabajador *versus* empleador. En cierto momento del siglo XIX pareció que una polaridad centro *versus* periferia también tendría significación. Sin embargo, cuando la fragmentación se aquietó, se hizo evidente que todos los partidos estaban sometidos a la autoridad del gobierno central, nacional, y que los movimientos de oposición con base regional eran solamente un recurso de las élites nacionales que estaban fuera del poder para aumentar su fuerza opositora en una contienda por el control de la nación.[23]

Los tres partidos centenarios de Chile —el Conservador, el Liberal y el Radical— tienen sus raíces en las diferencias de opinión de la élite que cristalizaron en el segundo gobierno de Manuel Montt (1856-1861). La segmentación generativa era Estado *versus* Iglesia, aun cuando en la época pareció que la reacción contra el poder centralizador del Estado provocaba también un conflicto del centro contra la periferia. El Partido Conservador, originalmente dominado por sentimientos ultramontanos, surgió para defender la autoridad y los intereses de la Iglesia, mientras que el Partido Radical se convirtió en ardiente defensor del anticlericalismo. Los liberales abogaban fundamentalmente por una sociedad secular y por la autoridad del Estado, y sin embargo se distinguían claramente de los radicales por el hecho de que su anticlericalismo era moderado. Los liberales, por lo tanto, se colocaron en el centro de la política decimonónica, realizando alianzas de conveniencia tanto con conservadores como con radicales. Esta constelación partidaria de tres puntas, diferente de la puramente bipolar (conservadores *versus* liberales, como se produjo en otros países latinoamericanos como Colombia), fue algo accidental. Sin embargo, reflejó claramente el proceso de construcción del Estado y la nación durante el siglo XIX en un país abrumadoramente católico.

Los tres partidos mencionados fueron, utilizando las palabras de Duverger, de "creación parlamentaria". Surgieron de controversias y debates centrados en los círculos congresionales y en los cenáculos intelectuales estrechamente vinculados a aquéllos. Los partidos de izquierda, en cambio, como fue el caso prácticamente en todas partes, fueron partidos de "crea-

[22] Tomamos la noción de segmentaciones generadoras de partidos de Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan, "Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments", en Lipset y Rokkan, eds., *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives* (Nueva York: The Free Press, 1967).

[23] Esta sección forma parte de *The Origins of Democracy: the Chilean Case in Comparative Perspective* de Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, de próxima publicación en Cambridge University Press.

ción externa": sus orígenes sólo pueden comprenderse en conjunción con el difícil proceso de construcción del movimiento obrero. [24] Por lo tanto surgieron de la polaridad obrero *versus* patrón.

La historia de los partidos de la clase obrera indica, ciertamente, que los líderes y militantes que lograron formar la columna vertebral de la estructura sindical nacional, fueron los mismos que pudieron crear los partidos que se convirtieron en principal expresión de los adherentes de clase obrera organizada. Naturalmente, estos partidos diversificaron considerablemente con el tiempo sus grupos de apoyo, especialmente en procesos políticos con contiendas electorales regulares.

Por razones que no pueden ser completamente explicadas aquí, Chile desarrolló, a diferencia de otras naciones latinoamericanas, partidos comunista y socialista en conjunción con su movimiento sindical. [25] Será suficiente decir que esto fue el resultado de una compleja cadena de acontecimientos, en parte accidentales y en parte condicionados por un contexto de oportunidades políticas que favoreció a los militantes revolucionarios en el movimiento sindical.

Dicho contexto incluía, en primer lugar, una respuesta altamente represiva a los trabajadores cada vez que éstos se organizaban para presentar demandas concretas. En tales circunstancias, la dirigencia ideológicamente centrista no lograba obtener el apoyo obrero. No podía mostrar ningún resultado tangible de sus esfuerzos de dirección y carecía de una explicación ideológica convincente de su falta de éxito. La víctima primera y más importante de este contorno represivo fue la dirección sindical vinculada al Partido Democrático, que era ideológicamente de centro. La extensa ola de represión antisindical, inmediatamente posterior a la matanza de Iquique de 1907, limitó la acción de aquellos dirigentes a las organizaciones de ayuda mutua, relativamente inefectivas y que no constituían un espacio para tratativas con los empleadores.

El segundo aspecto en importancia de este contexto de oportunidad política fue la existencia de un amplio margen de libertad para los trabajadores que se organizaban fuera del lugar de trabajo. Esto significó que los primeros líderes sindicales pudieron publicar periódicos, convocar a manifestaciones, presentar candidatos para las elecciones regionales y locales, discutir públicamente con las figuras políticas importantes, etcétera. En otras palabras, si bien eran reprimidos cuando pretendían organizarse en el nivel industrial, los líderes sindicales radicalizados dispusieron de amplias oportunidades para dar a conocer sus explicaciones de dicha represión junto con su mensaje revolucionario y, eventualmente, articular

[24] Véase Maurice Duverger, *Les partis politiques* (París: Armand Colin, 1951), pp. 2-15.

[25] Para un estudio acerca del proceso histórico que llevó a la formación del movimiento obrero chileno asociado con los partidos Comunista y Socialista, véase J. Samuel Valenzuela, "Labor Movement Formation and Politics: the Chilean and French Cases in Comparative Perspective, 1850-1950", tesis no publicada, Columbia University, 1979.

organizaciones en parte políticas y en parte sociales en un movimiento laboral embrionario.

La consolidación de las organizaciones del movimiento obrero bajo la dirección de los comunistas y los socialistas se llevó a cabo en los años treinta, cuando el Estado obligó a los empresarios a reconocer a los líderes sindicales a nivel de la fábrica mediante la aplicación de las leyes laborales de 1924. Este proceso culminó durante el gobierno del Frente Popular que llegó al poder con las elecciones presidenciales de 1938.[26] Así, a finales de los años treinta, tanto los socialistas como los comunistas habían conquistado importantes posiciones establecidas en el movimiento obrero, convirtiéndose ambos partidos en la principal expresión política de la clase obrera urbana organizada de Chile. Con la formación exitosa de estos partidos, el sistema chileno de partidos abarcó toda la gama del espectro ideológico a lo largo de la separación trabajador-empresario.

El problema de la polarización entre la Iglesia y el Estado así como entre el obrero y el empresario se imbricó estrechamente dentro de las dimensiones interrelacionadas —para emplear el término de Sartori— del sistema de partidos chileno.[27]

El surgimiento de los primeros partidos obreros no contribuyó a la formación de partidos que respondieran a los intereses de los empleadores: este papel fue asumido por los tres partidos tradicionales. Sin embargo, esto último no fue realizado sin ambigüedades puesto que las controversias que los dividían y la lucha por obtener ventajas electorales los indujeron a procurarse alianzas con las direcciones de los nacientes partidos de la clase obrera. A pesar de algunos calculados esfuerzos del Partido Conservador para capitalizar el surgimiento de los movimientos de clase obrera, las alianzas típicas que cristalizaron fueron entre las direcciones de la clase obrera y los sectores anticlericales de la élite. Tanto el Frente Popular como la Unidad Popular fueron coaliciones forjadas mediante la reunificación de los antiguos socios del bloque anticlerical, una alianza segura por su anticlericalismo pero amenazada por las posiciones diferentes respecto de la polaridad trabajador-empleador. Esta amenaza se manifestó en las divisiones que plagaron a los radicales. Y dentro de lo que por comodidad podría ser denominado bloque cristiano, la división del Partido Conservador que en los años treinta dio nacimiento a la Falange expresó el desarrollo de nuevas fuerzas, forjadas dentro del catolicismo romano pero que adoptaban una posición más progresista respecto de la segmentación tra-

[26] Para una apreciación general de las características del marco legal de las relaciones de trabajo chilenas así como una breve consideración acerca de la manera en que los sindicalistas comunistas lo aceptaron, véase J. Samuel Valenzuela, "The Chilean Labor Movement: The Institutionalization of Conflict", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, eds., *op. cit.* Para un análisis del gobierno del Frente Popular, véase John R. Stevenson, *The Chilean Popular Front* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1942).

[27] Giovanni Sartori, *Parties and Party systems: A Framework for Analysis* (N. Y.: Cambridge University Press, 1976).

bajador-empleador. Como es sabido, la Falange se convirtió en Partido Demócrata Cristiano a mediados de los años cincuenta. El entrelazamiento de las dos segmentaciones generativas, junto con las vicisitudes de la formación del movimiento obrero que radicalizaron a su dirección y a los partidos vinculados a él, dieron origen, en consecuencia, al sistema de partidos chileno del siglo XX. Este proceso fue en gran medida independiente de los aumentos y disminuciones del tamaño del electorado, puesto que ese electorado poseía, ya en la segunda mitad del siglo XIX, la diversificación mínima requerida para reflejar el impulso hacia la formación de los partidos obreros. Si éste no hubiera sido el caso, los partidos obreros se habrían formado de todos modos, pero no se hubieran distinguido del movimiento sindical. Habrían quedado completamente apoyados en la sociedad civil, y no hubieran desarrollado tan tempranamente sus actividades electorales con todo lo que esto significa en términos de construcción de la organización y de diversificación de sus caudales electorales.

Lipset y Rokkan señalan que, una vez formado, todo sistema nacional de partidos queda congelado en su lugar.[28] La imagen de la congelación es, sin embargo, algo exagerada. A lo largo del tiempo se producen cambios. En el caso chileno (lo mismo que en el plano internacional), el cambio más importante de las décadas recientes ha sido la disminución —aunque no la desaparición— de la importancia de la polaridad Estado *versus* Iglesia. Este fenómeno ha sido acompañado por un énfasis de la segmentación trabajador *versus* empleador como criterio principal para evaluar los compromisos ideológicos básicos de los diversos partidos. En este contexto de importancia disminuida de la polaridad Estado *versus* Iglesia, los partidos Conservador y Liberal pasaron a ser virtualmente indistinguibles en virtud de su posición común respecto de la dimensión trabajador-empleador; así, tendieron a fusionarse luego de los pobres resultados obtenidos en las elecciones al Congreso de 1965. Contribuyó a esta fusión el hecho de que los cambios de la Iglesia católica chilena, que reflejaban a los producidos en las fracciones más liberales de la Iglesia internacional, habían quebrado la estrecha asociación entre el Partido Conservador y el clero. Los demócratas cristianos resultaron claramente favorecidos por esta disociación, y si bien son por lo común considerados, no sin razón, como la principal corriente política aliada a la jerarquía, esto no debería oscurecer el hecho de que los cambios del pensamiento socialcatólico hacían de dicha relación algo muy diferente de la que existía anteriormente entre los obispos ultramontanos y una élite conservadora ligada a la tradición. Por lo común, existe un amplio consenso acerca de las líneas generales básicas de la separación entre la Iglesia y el Estado.

De todos modos, aun cuando la imagen del congelamiento es demasiado extrema, capta los contornos de una importante realidad, es decir, que la característica descollante del sistema de partidos es, una vez formado, su relativa solidez, su notable permanencia. La disminución de la pola-

[28] Lipset y Rokkan, *op. cit.*, pp. 50-54.

ridad Estado *versus* Iglesia ha dejado al sistema de partidos chileno con dos partidos ubicados en el centro del *continuum* ideológico izquierda-derecha, uno proveniente del bloque "cristiano" y el otro del anticlerical. Pese a ello, los demócratas cristianos y los radicales continuaron existiendo como partidos separados en el proceso político chileno anterior a 1970, subrayando los símbolos que los separaban, compitiendo por el control de las organizaciones de profesionales de cuello blanco que proporcionan una importante base social del voto de centro, y maniobrando para lograr alianzas que excluyan al rival. Por lo general, aun cuando los dos partidos (incluidas todas las facciones de los radicales) se encuentran en una misma posición opositora al gobierno militar, existe entre los principales líderes de ambas partes un permanente subrayar de la importancia de mantener identidades separadas.[29] Debe señalarse que en el contexto de un sistema de partidos caracterizado —para utilizar la tipología de Sartori— por una extrema polarización, y este es evidentemente el caso chileno, los partidos de centro son particularmente vulnerables a cambios en los caudales electorales, inclusive si el voto centrista es relativamente constante. Esto agudiza la competitividad entre radicales y demócratas cristianos.

La solidez del sistema de partidos no es sólo función del hecho de que cada partido constituye una organización que sigue existiendo en circunstancias cambiantes de sus militantes y líderes, si bien éste es, por cierto, un factor de primera importancia. Dicha solidez es también función del hecho de que un sistema de partidos bien desarrollado genera de uno a otro extremo de la nación un "panorama político" para la ciudadanía. Este "panorama" contiene varios componentes; en primer lugar, una conciencia de las polaridades que generan las alternativas partidarias, junto con un sentido de autoidentificación en algún punto del *continuum* que separa los extremos. En el siglo XX, y por cierto en Chile, la polaridad más importante es la que separa izquierda y derecha, manifestación del predominio de la segmentación trabajador-empleador y de su acción en ideologías de reconocimiento y poder de convocatoria globales. En segundo lugar,

[29] Es poco probable que el electorado de los demócratas cristianos y de los radicales impida una fusión de los partidos centristas inclinándose masivamente a la derecha o a la izquierda. Sin embargo, esta fusión está destinada a toparse con gran resistencia entre los dirigentes de ambos partidos y es, por lo tanto, improbable. No obstante, si los demócratas cristianos abandonaran la referencia religiosa de su denominación política, los radicales tendrían dificultades, en el contexto de un posible Chile democrático futuro, para conservar su electorado subrayando su laicismo, en vista de que los demócratas cristianos ya han tomado posesión del centro. El actual intento de los dirigentes del Partido Radical de desarrollar un programa "socialdemócrata" es una expresión del esfuerzo por evitar tal eventualidad situando al partido claramente a la izquierda de los cristianos demócratas, esto es, para diferenciar netamente a los dos partidos en términos de izquierda-derecha y no en términos de anticlerical-clerical. Paradójicamente, los dirigentes democristianos pueden acoger favorablemente tal intento como medio de desarrollar un interlocutor no marxista a su izquierda.

la conciencia de que existe un conjunto de alternativas partidarias ubicadas en varios puntos de la polaridad dominante, además de un sentimiento más o menos desarrollado de identificación con partidos y siglas partidarias específicos. Y en tercero y último lugar, una conciencia de que existe un conjunto de líderes políticos vinculados con los diversos partidos, un factor de reconocimiento de nombres debido a que dichos líderes han participado abiertamente en campañas electorales de importancia nacional, o bien han ocupado puestos muy visibles en el gobierno. Cuanto más desarrollado está el sistema de partidos, tanto más sólidamente se establece el "panorama político". Y como todo sistema de partidos se desarrolla principalmente a través de contiendas electorales regulares, puede decirse con razonable certeza que el "panorama político" chileno está firmemente atrincherado en la mente de la ciudadanía, una razón nada despreciable de la estabilidad del voto en las tres décadas que precedieron al pronunciamiento * militar de 1973.

Las pruebas de esta estabilidad de los partidos chilenos pueden advertirse inmediatamente en la continuidad de las segmentaciones electorales entre izquierda, centro y derecha a lo largo de varias décadas. Nos hemos referido a ello en este mismo artículo y puede observarse en el cuadro 3. Es verdaderamente notable que, a pesar de la enorme alza política de los años de Allende, los resultados de la elección al Congreso de 1973 hayan sido prácticamente idénticos a los de la elección de 1969. [30]

La continuidad puede verse también en los análisis de los escrutinios electorales chilenos, como el realizado por James Prothro y Patricio Chaparro, que muestra que entre 1958 y 1970 hubo poco cambio en las divisiones ideológicas del electorado. [31] Lo mismo puede ser apreciado en el análisis de los datos electorales que indica el cuadro 4. El cuadro muestra los coeficientes de correlación simple entre el voto por los partidos chilenos en la elección municipal durante la administración conservadora de Alessandri, al comienzo de la gran expansión del sufragio de los años sesenta, y el voto por los mismos partidos en 1971, la última elección municipal que tuvo lugar durante el gobierno de la Unidad Popular. Entre dichos

* En español en el original. [T.]

[30] Véase Arturo Valenzuela, *op. cit.*, cuadro 27, para un desglose completo de los votos recibidos por los diferentes partidos en las elecciones legislativas de 1969 y de 1973. Los comunistas, los demócratas cristianos y los nacionalistas obtuvieron prácticamente la misma proporción de los votos totales; estos partidos fueron apoyados por las dos terceras partes del electorado. Los socialistas ganaron un 4.2% (debido principalmente al hecho de que un socialista era presidente), y los radicales perdieron sufragios en la misma proporción (como resultado de la división del partido en tres grupos, que recibieron en total 5.7% menos votos que el 13% que el partido unificado obtuvo en las elecciones de 1969).

[31] James W. Prothro y Patricio E. Chaparro, "Public Opinion and the Movement of Chilean Government to the Left", en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, eds., *op. cit.* Estos autores sostienen que el cambio hacia la izquierda en las coaliciones gubernamentales resultó de cambios en los alineamientos partidistas y no de un viraje a la izquierda de la opinión pública.

años, los votantes aumentaron de 2 a 2.8 millones, mientras el porcentaje de votantes respecto de la población total pasó del 20 al 28%. Los coeficientes de correlación fueron calculados con la comuna como unidad de análisis de la nación como conjunto, para ocho regiones que representan diversidades ecológicas significativas y para las cuarenta mayores comunas del país, con más de 50 mil habitantes.

Cuadro 4

CORRELACIONES ENTRE LOS VOTOS OBTENIDOS POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS CHILENOS EN LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE 1963 Y 1971, POR COMUNAS, EN LA NACIÓN, LOS PRINCIPALES CENTROS URBANOS Y OCHO REGIONES

	Comunista	*Socialista*	*Radical*	*Demócrata Cristiano*	*Nacional*
Nación	.84	.53	.45	.27	.72
Principales centros urbanos	.85	.39	.82	.49	.71
Región I Tarapaca-Coquimbo	.83	.60	.43	.47	.65
Región II Aconcagua-Valparaíso	.80	.60	.67	.27	.73
Región III Santiago	.83	.22	.55	.23	.64
Región IV O'Higgins-Nuble	.74	.60	.42	.12	.73
Región V Concepción-Arauco	.72	.59	.47	.69	.70
Región VI Bío-Bío-Cautín	.86	.28	.33	.03	.35
Región VII Valdivia-Chiloé	.57	.43	.05	.12	.60
Región VIII Aysén-Magallanes	.67	.60	.24	.93	.93

N=287

NOTA: Los votos de los partidos conservador y liberal fueron sumados en la elección de 1963. Los "principales centros urbanos" son aquellos cuya población tiene más de 50 mil habitantes, es decir, un total de 40 comunas.

FUENTE: Resultados electorales disponibles en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.

La estabilidad del voto por los dos partidos en los extremos del espectro político fue muy alta, con una correlación de .84 para los comunistas y de .72 para los nacionales. Los coeficientes también fueron altos para los socialistas y radicales, mientras que los centristas demócratas cristianos, el último partido surgido y que más se había beneficiado con el cambio electoral de los años sesenta, mostró la correlación más baja, .27. De todos modos, el coeficiente de correlación para el voto por los demócratas cristianos en 1963 y 1971 en las grandes ciudades fue más alto, .49, y en las regiones I, V y VIII alcanzó a .47, .69 y .93 respectivamente. Pese al significativo cambio que tuvo lugar en Chile entre las administraciones de Alessandri y Allende, los partidos chilenos muestran una continuidad considerable en sus bases geográficas.

B. *Las relaciones dialécticas entre militantes y seguidores*

La afirmación de que existe permanencia en el paisaje político no debe ser interpretada en el sentido de que hay una relación estricta o mecánica entre caudales electorales y direcciones partidarias. En todas las sociedades hay a menudo una gran diferencia entre los líderes, los militantes y los electorados de los partidos. La dirección del partido, y en menor medida los militantes del partido, articulan, formulan y organizan alternativas programáticas que presentan al electorado y vinculan a una visión ideológica más o menos coherente. La historia tanto del Partido Comunista como del Partido Socialista chilenos proporciona excelentes ejemplos de esto. El gran cambio de la estrategia comunista en 1935 —de un rechazo a las coaliciones con otros grupos a una aceptación del frente popular—, fue con toda evidencia una decisión de la dirección que muy poco tenía que ver con los sentimientos del electorado del Partido Comunista. Tampoco puede decirse que tales cambios tuvieran algo que ver con las frecuentes divisiones en el socialismo chileno o con el carácter cambiante de la orientación programática del partido a lo largo del tiempo, como se vio más recientemente en el congreso chileno de 1967.

No todas las fracciones del electorado se sienten totalmente representadas por las alternativas planteadas por las diversas direcciones partidarias. Más aún, aunque todos los partidos obtienen cierta parte de sus votos de adherentes que a lo largo del tiempo se identifican con las siglas del partido, no puede decirse que estos adherentes regulares tengan una orientación completamente homogénea, ni que tengan completa conciencia de todas las controversias en que se embarcan militantes y líderes, ni que haya un total acuerdo con las orientaciones imprimidas al partido por sus dirigentes y militantes. Además, debe señalarse que las decisiones políticas y las orientaciones generales de los líderes y militantes del partido pueden producir un efecto muy importante en la determinación de los sentimientos y orientaciones de los adherentes. En realidad, las élites de los partidos trazan colectivamente los parámetros acerca de los temas que serán

discutidos públicamente y pueden, en consecuencia, producir un efecto considerable en la mayor o menor polarización de la opinión de un público de masas. No obstante, la relación entre direcciones partidarias y adherentes electorales es dialéctica: la dirección no puede salirse completamente de tono respecto de los sentimientos del electorado sin perder finalmente su apoyo. En otras palabras, las orientaciones de los adherentes electorales de los diversos partidos presionan sobre las decisiones de las élites partidarias y de los cuadros.

Dada la naturaleza dialéctica de la relación entre electorado y direcciones partidarias, una ciudadanía consensual (como la que existe en Estados Unidos) no otorga espacio a direcciones partidarias marxistas. En este caso, la obligación de tener que edificar un apoyo electoral efectivo sofoca el desarrollo de opciones partidarias que se aparten sustancialmente de las orientaciones básicas sostenidas por la mayoría. [32]

Pese a las esperanzas que puedan tener los funcionarios del gobierno, resulta difícil avizorar el desarrollo de una ciudadanía consensual en Chile en el futuro previsible. Más que considerar a Estados Unidos, es mejor pensar en el caso español para obtener una indicación más confiable de lo que puede ocurrir en el futuro en Chile en condiciones de apertura democrática. Analizando los datos, Juan Linz señala que después de casi cuatro décadas de gobierno de Franco en España, el pueblo muestra todavía una considerable dispersión a lo largo del *continuum* izquierda-derecha. Esto significa que las direcciones partidarias ubicadas a lo largo de este *continuum* ideológico pueden encontrar una fracción del electorado que responda positivamente a sus opciones programáticas y convocatorias simbólicas. Por otra parte, en un proceso que muestra la importancia y relativa independencia de las formulaciones de las direcciones partidarias, Juan Linz señala también —basándose en el análisis de los datos— que la polarización de las autoidentificaciones públicas a lo largo del *continuum* izquierda-derecha aumenta una vez que la transición democrática permite el afloramiento o la formación de organizaciones partidarias y la difusión de sus mensajes ideológicos y programáticos. [33] Es probable que esta experiencia se repita en el caso chileno. Probablemente el público de masas

[32] Acerca del consenso de la ciudadanía norteamericana, véase Robert Dahl, *Pluralist Democracy in the United States: Conflict and Consensus* (Chicago: Rand McNally and Co., 1967), en particular pp. 329-337. Por supuesto, además de este consenso mayoritario en torno a lo fundamental, los procedimientos y las divisiones institucionales y administrativas militan en contra del éxito de líderes políticos con opiniones desviadas.

[33] Véase Juan Linz, "The New Spanish Party System", documento manuscrito, cuadro 7. Los datos son difíciles de interpretar, sin embargo, ya que es probable que las primeras encuestas realizadas inmediatamente después de la muerte de Franco y antes de la legalización del Partido Comunista subestimen la importancia del electorado que se sitúa a sí mismo a la izquierda. No obstante, la extensión es apreciable: de julio de 1976 a julio de 1979, el porcentaje de respuestas en una muestra nacional que se colocan a la izquierda aumentó de 18 a 41, en tanto que las que se sitúan en el centro disminuyó de 38 a 30 y las de la derecha de 22 a 13.

chileno proporcione un núcleo de apoyo a las direcciones partidarias que cubren en toda su extensión el *continuum* izquierda-derecha, y es probable que aumente su polarización cuando el debate público se reanude.

C. *Gobierno autoritario y persistencia del panorama político*

El panorama político es más o menos impermeable al cambio una vez que ha quedado firmemente establecido. Los períodos de gobierno autoritario, por más largos que sean, poco pueden hacer para socavar esa situación. La idea de que un gobierno autoritario puede comenzar de nuevo y producir una "nueva generación de ciudadanos", para los cuales el pasado sea mera historia, podrá ser atractiva para los gobernantes autoritarios pero va a contracorriente de la obstinada persistencia de ese mismo pasado.

Naturalmente, hasta ahora no pueden extraerse del caso chileno evidencias firmes de la durabilidad de las vinculaciones de la ciudadanía al "panorama político" preexistente. No dispondremos de dicha evidencia hasta que el actual gobierno autoritario ceda el paso, si es que lo hace, a una democracia nuevamente en funcionamiento. De todos modos, podemos examinar otros casos para establecer el grado de continuidad del "panorama político" a la luz de sus tres elementos constitutivos.

Una característica de la mayoría de las situaciones autoritarias es la congelación del desarrollo de reconocimiento de nombres de nuevos líderes vinculados a los partidos de orientación democrática. Se trata de una consecuencia inesperada de la eliminación de las contiendas electorales y contribuye a explicar la retención en la mente pública de los líderes más importantes de los partidos preexistentes como principales alternativas a los gobernantes autoritarios. Cuando la política democrática retorna a la nación, el liderazgo preexistente es vuelto a colocar en el centro de la escena porque el nuevo liderazgo carece de los nombres reconocidos necesarios para tomar el lugar de aquél. Por esta razón Víctor Raúl Haya de la Torre, José María Velasco Ibarra, Juan Domingo Perón, Ricardo Balbín, Víctor Paz Estenssoro, Juan Lechín, etcétera (es tan larga la lista en América Latina) retienen sus posiciones como figuras políticas centrales de todas las aperturas democráticas de sus respectivos países. [34] No hace falta decir que la longevidad de los líderes es condición necesaria para que esta resurrección del liderazgo se produzca; otro factor importante —que ana-

[34] Una excepción significativa de esta observación puede encontrarse en el caso brasileño, ya que la situación brasileña posterior a 1964 generó una nueva dirección política civil. Sin embargo, ésta es una excepción que confirma la regla pues el gobierno militar no cerró del todo el espacio político para una dirección civil. El mero hecho de obligar a la organización de dos partidos, de celebrar elecciones y de tener un Parlamento garantiza tal espacio. Aun así, personalidades tales como Lionel Brizola y Miguel Arraes han podido regresar como líderes políticos hoy en día en Brasil gracias al previo reconocimiento público que se habían granjeado.

lizaremos más adelante— es que conserven un apoyo organizativo que permita el resurgimiento. Una de las grandes ventajas que tuvo Franco —de la que no dispone Pinochet— fue su relativa juventud a principios de la guerra civil española. Sobrevivió prácticamente a toda la élite política de la Segunda República. [35] No es una de las ironías menores de los regímenes autoritarios que el esfuerzo por desplazar a todos los políticos prohibiendo las actividades políticas dé como resultado, en definitiva, la retención del mismo conjunto de líderes políticos que los gobernantes autoritarios atacan en primer lugar.

En aquellos casos en que el régimen autoritario dura más que las direcciones partidarias, la sigla del partido permanece como algo familiar con lo que la masa del público se identifica considerablemente. La organización del partido es, por consiguiente, el conducto a través del cual la nueva generación líder puede obtener rápidamente un nombre reconocido en virtud de la visibilidad y de la presencia en los medios que se produce antes y después de la apertura democrática. Naturalmente, es importante en estos casos que los militantes del partido sostengan la organización y que produzcan un nuevo liderazgo que no esté seriamente amenazado por disensiones internas —algo que no siempre es fácil de cumplir. En otras palabras, según lo hemos señalado antes, es necesario que las direcciones y militantes partidarios organicen las alternativas ofrecidas al electorado; si no son capaces de hacerlo cuando se presente una apertura democrática la sigla del partido puede ser simplemente algo del pasado. El surgimiento de un hombre como Felipe González como líder político máximo, que capitaliza el nombre del histórico Partido Socialista Obrero Español, constituye un excelente ejemplo de este tipo de retención de un elemento del panorama político del sistema democrático que existía antes del régimen autoritario. La falta de continuidad de las siglas partidarias de centro y de derecha del espectro político, desde la Segunda República española hasta el panorama actual, refleja, en gran medida, la disolución de esas organizaciones partidarias durante los años de Franco. La consecuente proliferación de literalmente cientos de partidos, antes de las primeras elecciones nacionales, es sintomática de la falta de conductos bien estructurados para la formación de militancias y direcciones políticas en esa zona del espectro político.

La retención por parte del público de masas de una autoidentificación en el *continuum* izquierda-derecha es, sin embargo, tan importante como la retención de un sentido de autoidentificación con siglas partidarias determinadas. El análisis de los datos realizado por Juan Linz mostró que el público español tenía un sentimiento bien desarrollado de autoidentifi-

[35] Gil Robles es la única figura principal que haya sobrevivido a casi cuatro décadas de régimen autoritario. El regreso a Cataluña de José Taradellas tuvo una importancia simbólica y legitimadora, pero Taradellas era demasiado viejo y de salud demasiado frágil para convertirse en un factor de la constelación dirigente. Santiago Carrillo y, por supuesto, Dolores Ibarruri se remontan a la Segunda República, pero no eran figuras políticas prominentes, en particular antes del inicio de la Guerra Civil.

cación a lo largo del *continuum* izquierda-derecha, pese al prolongado gobierno de Franco, y que —como ya lo hemos señalado— se produjo un proceso de polarización luego de la difusión de los programas e ideologías de los partidos. [36] Es la presencia de una fracción importante del electorado con sentido de identificación con una parte del *continuum* ideológico y programático izquierda-derecha, y que al mismo tiempo no está relacionado con siglas partidarias existentes y viables, lo que crea el "espacio" para el surgimiento de nuevos partidos. Es precisamente esta situación la que está en las raíces del éxito de Adolfo Suárez cuando éste creó la Unión del Centro Democrático. Aunque al principio no fue más que una federación de muchos pequeños grupos formados para convocar al electorado de centro y de centro-derecha, la UCD se ha ido convirtiendo cada vez más en un partido completamente maduro por derecho propio, a pesar de la división en facciones.

No es fácil descubrir todos los elementos que contribuyen a la retención de un sentimiento de autoidentificación con una sigla partidaria particular o con una posición definida en el espectro ideológico izquierda-derecha. Por cierto, el hecho de que las divisiones de izquierda o derecha correspondan a divisiones ideológicas internacionales contribuye a sustentar un sentimiento de autoubicación, aun cuando exista poca participación y actividad política. Asimismo, el conocimiento de una historia política familiar, los contactos ocasionales con organizaciones civiles en las que se difunde un mensaje político, el constante proceso de evaluar todas las declaraciones públicas de las autoridades y líderes gubernamentales, militares, religiosos y civiles a la luz de criterios provenientes de las categorías políticas preexistentes, las ocasionales frustraciones experimentadas al tratar con las autoridades del gobierno, etcétera, todo ello tiene como resultado un reforzamiento del proceso permanente de autoubicación que conserva los rasgos esenciales del "panorama político". Por consiguiente, inclusive después de casi cuatro décadas de gobierno franquista, Juan Linz señala las siguientes correlaciones entre las votaciones de 1936 y 1977: PSOE/PSOE, .60; izquierda/comunismo, .68; Confederación Española de Derechas Autónomas/Unión del Centro Democrático, .46; derecha/Acción Popular, .38. [37] Por otra parte, debe señalarse que los sectores que adhieren explícitamente al pasado, hasta el punto de rechazar la instauración de instituciones democráticas, están representados en el Parlamento por un solo diputado (Blas Piñar, de Fuerza Nueva), y que —según indica Juan Linz— el electorado de la UCD se siente más próximo al Partido Comunista que a este último grupo. [38] De la misma manera, merece señalarse que la Coalición de Derecha Democrática dirigida por Fraga Iribarne obtuvo en 1979 solamente el 6.1% de los votos. [39] En consecuencia, si el proyecto político del actual gobierno es la creación de una nueva genera-

[36] Véase supra, nota 33.
[37] Juan Linz, p. 3 y cuadro 1. Todas las correlaciones son a nivel provincial.
[38] *Ibid.*, p. 55.
[39] *Ibid.*, cuadro 6.

ción de chilenos que adopten una posición de consenso ante los valores de los círculos gobernantes actuales, es conveniente notar que el parecido intento de Franco de reducir las diferencias políticas a un "legítimo contraste de pareceres" * chocó con un resonante fracaso a pesar de lo prolongado de su gobierno.

Hemos afirmado antes que el "panorama político" chileno, dada la durabilidad del anterior sistema democrático de la nación, estaba firmemente atrincherado en la mente de la ciudadanía. Es cierto que, de todos los ensayos de gobierno autoritario, el actual intento chileno fue edificado sobre la destrucción del régimen democrático más prolongado. Por esta razón, los partidos chilenos no carecían de direcciones visibles en organizaciones gubernamentales, del Congreso, municipales y civiles. Poseían, además, una larga tradición de contiendas electorales a lo largo de la nación, lo cual pudo crear un sentimiento relativamente fuerte de reconocimiento e identificación con las siglas partidarias. Y es importante señalar que los partidos chilenos se distribuían en el espectro ideológico, lo cual refuerza la importancia del *continuum* izquierda-derecha como medida para evaluar las actitudes políticas y asociar estas posiciones con siglas partidarias particulares. Por consiguiente, es fácil para el ciudadano chileno comprender las posiciones políticas expresadas en declaraciones públicas, con muchas mayor sencillez, por ejemplo, que a un venezolano. Más aún, las divisiones políticas internas corresponden muy estrechamente a las divisiones ideológicas y partidarias que existen en el nivel internacional. Los demócratas cristianos, radicales, socialistas y comunistas encuentran en Europa occidental y América Latina sus partidos y movimientos correspondientes, mientras que los actuales gobernantes autoritarios están políticamente aislados. En consecuencia, los chilenos no se encuentran en la difícil situación de los peronistas argentinos, que no encuentran ninguna correspondencia simple entre su propio movimiento y los que existen en el plano internacional.

En resumen, puede decirse que el "panorama político" chileno seguirá estando en la ciudadanía durante un largo período. No obstante, para que dicha retención sea convertida realmente en apoyo político a los partidos preexistentes en una futura apertura democrática, es necesario que las direcciones y los militantes de estos partidos conserven, a su vez, la viabilidad de las respectivas organizaciones. El grado en que consigan hacerlo no sólo preservará la organicidad del partido sino que, en cierta medida, contribuirá a conservar la actualidad del propio "panorama político". La manera en que los diferentes partidos conserven sus militancias es algo que atañe en gran medida a la articulación de los partidos con las organizaciones de la sociedad civil. Analizaremos este aspecto inmediatamente después de unos breves comentarios sobre los efectos del régimen autoritario en la estructura interna de los partidos.

* En español en el original. [T.]

Repercusión de la situación autoritaria en la estructura interna de los partidos chilenos

Es obvio que la imposición de un gobierno autoritario tiene importantes consecuencias en el funcionamiento interno de los partidos como organizaciones. Las direcciones tienen mayores dificultades para mantener los contactos con las bases, lo cual significa que las decisiones del partido son tomadas con menores consultas a la base y que las direcciones pueden encontrar muchas dificultades para legitimar tanto sus posiciones como sus decisiones. Los congresos partidarios ya no pueden realizarse abiertamente y las reuniones del partido —con el fin de evitar que se descubran— tienden a involucrar a menos personas. Los militantes en su conjunto sufren la falta de información respecto de las actividades del partido en otras zonas del país y del mundo, lo cual origina actitudes de rebelión interna contra la dirección o de simple apatía. Las limitaciones impuestas a las actividades que vinculan al partido con los elementos de masa incrementan la importancia de los grupos de estudio, que procuran la elaboración ideológica y programática en los núcleos de militantes. Paradójicamente, entonces, el esfuerzo por despolitizar la sociedad imponiendo un receso político fortalece las posiciones ideológicas dentro de los partidos debido al esfuerzo de éstos por mantener un sentimiento de identidad diferenciada. [40]

Como quiera que sea, no todas estas consecuencias del gobierno autoritario en las estructuras internas de los partidos se refleja de igual manera en cada uno de ellos. La naturaleza y el grado en que los distintos partidos son afectados varían de acuerdo con tres factores: en primer lugar, la posición del gobierno ante cada partido específico; en segundo lugar, la posición de los partidos respecto del gobierno, y, finalmente, la estructura preexistente y la relativa cohesión de los partidos anterior al golpe militar de septiembre de 1973. Analicemos la situación actual de los principales partidos en relación con esas tres variables. Comenzaremos por los partidos de la derecha.

1] *La derecha.* Los partidos de derecha —el Partido Nacional lo mismo que el mucho más pequeño Partido Demócrata Radical y los electoralmente insignificantes grupúsculos fascistas, de los cuales el más prominente era Patria y Libertad— fueron declarados en "receso" mediante un decreto gubernamental. [41] Esto significó, oficialmente al menos, que los partidos no podían admitir nuevos miembros, renovar sus direcciones y realizar

[40] Queremos expresar nuestro agradecimiento a nuestros colegas, a los observadores y a los líderes de partido así como a sus miembros, todos ellos chilenos, que tuvieron a bien compartir sus experiencias y observaciones con nosotros en los Estados Unidos, Europa y Chile. Por desgracia, no podemos mencionar sus nombres.

[41] El "receso" fue impuesto por el decreto núm. 77 de septiembre de 1973.

reuniones sin notificarlo a las autoridades. Los sectores mencionados respondieron positivamente a esa acción del gobierno y en parte por esta razón puede decirse que los partidos de derecha han dejado en gran parte de funcionar como organizaciones. La aceptación de la prohibición gubernamental como si fuera autoimpuesta forma parte del hecho de que, con pocas excepciones, dichos sectores comparten la misma definición de la crisis chilena sostenida por los círculos del gobierno y se identifican en gran medida con el programa general del actual régimen.[42] Como consecuencia de esta identificación, la derecha ha permanecido cerca de los círculos del poder. Además de proporcionar figuras prominentes al Consejo de Estado, a las comisiones encargadas de redactar una nueva constitución y al cuerpo diplomático, los sectores de derecha se han hecho cargo de las posiciones más importantes en la Universidad y han sido designados alcaldes en la mayoría de las municipalidades del país.[43]

De todos modos, la identificación de la dirección derechista con el gobierno no ha sido total, situación que ha producido cierta fragmentación dentro de ella. Algunos derechistas, como Hernán Correa Letelier y Julio Subercasseaux, se han pasado abiertamente a la oposición para formar parte del llamado "Grupo de los 24", la muy visible, constitucional y legal comisión de estudios, establecida con representación de todos los partidos dentro de Chile. Forman parte de un pequeño núcleo de derecha que conserva su adhesión a los principios tradicionales de la democracia chilena y evita que se lo identifique con el gobierno. Otros, según hemos señalado antes, pueden ser caracterizados dentro de una semioposición siguiendo los términos de Linz, es decir, se trata de figuras que no están de acuerdo con aspectos específicos de la política del gobierno pero que estarían dispuestas a colaborar con éste si las condiciones fueran corregidas. Es el caso de Francisco Bulnes Sanfuentes, que actuó en el servicio diplomático pero cuyas declaraciones han subrayado por lo general el valor de un régimen democrático basado en la confrontación electoral. En cambio, Pedro Ibáñez, Sergio Onofre Jarpa y Mario Arnelo han mantenido invariable su apoyo al gobierno. Pedro Ibáñez, a pesar de sus anteriores actividades como senador, ha señalado que "la democracia es congénitamente **mala".**[44]

En resumen, el actual gobierno autoritario ha conducido a una situación en que la derecha encuentra que gran parte de su programa y de su política ha sido llevada a cabo, pero en la cual los partidos derechistas no han

[42] Para una elocuente entrevista con el líder principal del Partido Nacional durante el gobierno de la Unidad Popular, Sergio Onofre Jarpa, véase *Qué Pasa,* núm. 144, 25 de enero de 1974. Onofre Jarpa declara aquí claramente que el gobierno militar adoptó la línea política del Partido Nacional, y que el partido acepta gustosamente el receso político. También declara que es necesario ir más allá de las meras reformas para crear un "nuevo Estado".

[43] Después del golpe militar, el gobierno nombró a muchos demócratas cristianos en las alcaldías del país. Sin embargo, pronto fueron expulsados y remplazados por derechistas y por personal militar.

[44] Véase su entrevista en *Hoy,* III, núm. 124, del 5 al 11 de diciembre de 1979, p. 13.

conservado su unidad orgánica. Una buena porción del debate interno en los círculos gubernamentales, debate cuyas líneas no están claramente trazadas, es alimentado por esta fragmentación de la derecha. Dicho debate ha originado un nuevo prisma de grupos de derecha, en los cuales hay escasa presencia de la antigua dirección de la derecha política. Debido a la relativa dispersión de la derecha, ésta encontrará dificultades para rearticular sus cuadros y presentar una convocatoria coherente y unificada en el caso eventual de una apertura democrática. Esta dispersión es la consecuencia inevitable de la identificación de dichos partidos con un gobierno que elude la política y condena a los partidos. Evidentemente plantea problemas para un futuro democrático. Sin una organización electoral de derecha, el sistema de partidos chileno corre el riesgo de ser "argentinizado", con una derecha volcada a expedientes no electorales y alianzas con los sectores militares para llevar adelante sus intereses.

2] *Los demócratas cristianos.* Respecto de los demócratas cristianos, debe señalarse que sus principales líderes jamás aceptaron la definición dada por el gobierno actual de la crisis chilena como de régimen y sociedad, y cuestionaron desde el principio la legitimidad y validez de las tesis renovacionistas del proyecto gubernamental de largo alcance. En la nueva división entre partidos que apoyan la transformación del sistema político y partidos que siguen adhiriendo al régimen democrático anterior, los demócratas cristianos se ubican claramente en la segunda categoría.

No obstante, ellos estuvieron en primera fila en la coalición que se opuso al gobierno de la Unidad Popular y la dirección nacional del partido generalmente aceptó que el golpe militar de 1973 fue el resultado inevitable de lo que ellos consideraban como errores, ambigüedades y progresivo totalitarismo [45] de la Unidad Popular. Los demócratas cristianos fueron colocados en una situación inusual por el establecimiento del gobierno militar. Su actitud relativamente abierta al golpe militar contrastaba agudamente con la posición de los partidos de la izquierda. Pero su oposición a las

[45] No existía en absoluto unanimidad en el partido al reaccionar inicialmente a los acontecimientos de 1973. Véase en particular un documento fechado el 7 de noviembre de 1973, escrito por Radomiro Tomic, en el que analiza las divisiones en el partido. Si bien se destinaba al debate interno, el documento logró gran circulación mediante múltiples fotocopias. Véase también la declaración firmada por Bernardo Leighton, Claudio Huepe, Andrés Aylwin, Ignacio Palma, Renán Fuentealba, Fernando Sanhueza, Sergio Saavedra, Mariano Ruiz Esquide, Jorge Cash, Jorge Donoso, Belisario Velasco, Ignacio Balbotín, Florencio Ceballos, Radomiro Tomic, Waldemar Carrasco y Mariano Pennall, todos prominentes demócratas cristianos que condenaron enérgicamente el golpe militar, y manifestaron su desacuerdo con una declaración moderada de la Dirección Nacional que prácticamente aceptó la acción militar. Estas declaraciones aparecen en *Chile-América*, núm. 4, enero de 1975, pp. 43-44. *Chile-América* publicó una cronología muy útil de las relaciones entre el Partido Demócrata Cristiano y el gobierno militar durante el siguiente año y medio, que detalla la creciente oposición y confrontación entre los dos. Véase *Chile-América*, núms. 4 y 5, enero de 1975, y núms. 6 y 7, abril de 1975.

tesis renovacionistas, además de un fuerte rechazo hacia los demócratas cristianos por parte de los militares y la derecha, los colocó en un proceso de enfrentamiento con las nuevas autoridades; dicho proceso los llevó muy pronto a desarrollar vínculos cada vez mayores con sectores de la izquierda que habían planteado como prioridad política inmediata el retorno a las líneas tradicionales de la democracia constitucional.

Dada su oposición al gobierno de la Unidad Popular, las autoridades militares impusieron inicialmente al Partido Demócrata Cristiano las mismas restricciones que a los partidos de derecha, es decir, un "receso" forzado y no una prohibición completa —como la sufrida por los partidos de la coalición de la Unidad Popular.[46] Pero, a diferencia de la derecha, los demócratas cristianos nunca aceptaron este "receso". Como fuerza de oposición, trataron de conservar la vitalidad y coherencia de su red partidaria. Inevitablemente, esto significó que se sospechara que en sus reuniones "se hacía política" (una violación de la ley) y que las relaciones entre el partido y el gobierno militar se hicieran gradualmente cada vez más agrias. Pronto el partido se unió a los sectores de la Iglesia que criticaban las violaciones de los derechos humanos por parte del gobierno, las consecuencias sociales de la nueva política económica y la expulsión de sus miembros de los cargos en la administración, empresas públicas, universidades y municipalidades.[47] Algunos militantes y líderes demócratas cristianos fueron encarcelados o enviados al exilio, dentro del país o en el extranjero.[48]

Finalmente, como consecuencia del descubrimiento por parte del gobierno de documentos internos escritos por los líderes máximos del partido, en los cuales se cuestionaba la legitimidad del gobierno militar al analizar los objetivos de corto y largo alcance del partido, las autoridades emitieron en marzo de 1977 un nuevo decreto declarando la "disolución"

[46] Según el mismo decreto núm. 77. Véase nota 41.

[47] Este último proceso es designado familiarmente por los demócratas cristianos como el "*salameo*" esto es, el corte de las posiciones de poder del partido rebanada por rebanada, como un salami.

En realidad, el deterioro de las relaciones entre el gobierno militar y el Partido Demócrata Cristiano empezó en el momento en que Eduardo Frei, el ex presidente democristiano, se rehusó a acompañar a los otros dos ex presidentes, Gabriel González Videla y Jorge Alessandri, a saludar a los cuatro miembros de la junta de gobierno después de la tradicional misa de Te Deum del día de la independencia, el 18 de septiembre de 1973. El general Pinochet menciona el incidente en su relato de la manera en que se planeó y ejecutó el golpe militar, y atribuye la actitud de Frei al disgusto de éste por no haber sido informado previamente del cierre del Congreso y del retiro de su vehículo oficial (Frei era en aquel momento presidente del Senado). Véase Augusto Pinochet, *El día decisivo: 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979), p. 153.

[48] Una relación de los primeros arrestos de demócratas cristianos y de las reacciones de los dirigentes del partido aparece en la cronología de *Chile-América* acerca de las relaciones entre el partido y el gobierno militar, cit. supra, nota 45.

del Partido Demócrata Cristiano bajo la apariencia de una disolución de todos los partidos. [49]

Como fuerza de oposición, el Partido Demócrata Cristiano goza de grandes ventajas respecto de los partidos de izquierda. Su dirección principal y sus figuras más renombradas permanecen en Chile y son citadas a menudo en la prensa. El partido posee canales de comunicación masiva —una revista semanal, una estación de radio, una editorial— y sus líderes e intelectuales escriben con frecuencia en los medios controlados por la Iglesia y en la página abierta del principal periódico. Sus dirigentes sindicales y estudiantiles son importantes figuras públicas. En consecuencia, el partido tiene muchas más facilidades que los partidos de izquierda para presentar sus mensajes al público y para mantener a sus militantes y antiguo electorado informados sobre las posiciones del partido acerca de los principales temas del momento. La estrecha relación entre el partido y la Iglesia, así como la relativa invulnerabilidad de esta última a los ataques del gobierno, ha significado que el partido (y también otros partidos, según señalaremos después) se beneficiara con la "sombrilla" del apoyo eclesiástico.

La relativa facilidad con que el partido ha podido actuar dentro de Chile le permitió renovar su dirección máxima, realizar frecuentes reuniones entre los líderes máximos y medios, actuales y anteriores, y llevar a cabo cierto grado de consulta con propósitos informativos con una parte significativa de las bases. Estas reuniones tienden a limitarse a pequeños grupos y parecen realizarse sólo cuando el brazo represor del gobierno afloja su presión. En la mayoría de las reuniones se pone énfasis en el análisis, el estudio y la reflexión con expertos y líderes del partido y no en la planificación de estrategias para la acción política inmediata. Las reuniones cumplen la función de mantener la lealtad al partido y la identidad partidaria, y reflejan el intento de la dirección de contrarrestar la posible influencia de las penetrantes campañas de propaganda gubernamental en las concepciones de las bases.

La presencia en Chile de los dirigentes de las dos facciones principales del partido —una más a la izquierda, la otra más a la derecha— ha permitido que el partido mantenga un constante diálogo entre ambas tendencias y conserve, o incluso fortalezca, su cohesión, mientras que las recriminaciones y divisiones acerca del papel desempeñado o no por el partido antes del golpe han cesado.

[49] Véase el texto del decreto (núm. 1 697) en *La Tercera de la Hora*, 13 de marzo de 1977, p. 2. El comentario en el periódico señala claramente que si bien la disolución es una medida tomada en contra de todos los partidos en "receso", se dirige exclusivamente al Demócrata Cristiano pues "el Partido Nacional se disolvió *motu propio* después de que las fuerzas armadas tomaran el poder y el Partido Radical Democrático prácticamente no existe", p. 2.

La misma edición del 13 de marzo de 1977 del periódico reproduce íntegramente los documentos internos del Partido Demócrata Cristiano. Probablemente sea cierto que algunos de los líderes del partido deseaban dar publicidad a los documentos como medio de dar a conocer ampliamente su postura.

3] *Los partidos de izquierda.* Los partidos que constituían la Unidad Popular han soportado el embate más fuerte de la represión gubernamental y, como consecuencia, han sufrido enormemente por la dispersión de sus líderes más renombrados a lo largo de todo el mundo. Perdieron asimismo muchos experimentados dirigentes de nivel medio, que resultaban altamente visibles en los barrios, en las aldeas y en el movimiento obrero. Por consiguiente, los partidos han enfrentado enormes dificultades en la compleja tarea de reconstruir una dirección y una estructura organizativa. El problema más significativo es que el proceso de reconstrucción de una dirección interna ha llevado a cuestionar, por parte de algunas porciones de la base, la legitimidad de los nuevos líderes. También ha originado diferencias entre los líderes internos y la altamente visible dirección externa que atrae la atención de la prensa internacional y sigue desempeñando un papel crítico para trazar las posiciones del partido acerca de temas significativos y de los programas de largo alcance.

Si bien estos problemas han afectado a todos los partidos de la Unidad Popular, es importante señalar que no afectaron a todos de la misma manera. La variable crucial que explica la diferencia es el grado de cohesión anterior de la estructura interna de cada partido.

El partido socialista ha sido con toda evidencia el más afectado por la situación actual, puesto que antes de los sucesos de 1973 carecía de una dirección cohesiva y no ha desarrollado un sentido de disciplina interna.[50] El Partido Socialista ha tenido siempre una historia de rivalidades entre diferentes facciones y de gran disensión interna, la cual condujo a veces a rupturas y a la formación de nuevos partidos. Las actuales dificultades del partido pueden encontrarse ya en el Congreso de Chillán de 1967, que adoptó un programa revolucionario con el cual no estuvieron de acuerdo varios de los principales dirigentes del partido. Desde aquella fecha, y especialmente durante el gobierno de la Unidad Popular, la combatividad del partido creció considerablemente, al incorporarse nuevos miembros cuya principal característica era una adhesión a las líneas generales del programa de Chillán. Este sector del partido apoyó la elección del senador Carlos Altamirano como secretario general del partido en enero de 1971, designación que el presidente Allende también apoyó por razones complejas que se vinculan, en parte, con su estrategia, usada frecuentemente, de tratar de cooptar a los adversarios potenciales otorgándoles posiciones de responsabilidad. El liderazgo de Altamirano fue una fuente de tensiones constantes con el gobierno de Allende, y el presidente no pudo contar con la lealtad de su propio partido al tomar decisiones que implicaban acuerdos conciliatorios con la oposición. Si bien Allende nunca rompió abiertamente con Altamirano, trató siempre de apuntalar la posición de Clodomiro Almeida dentro de la dirección máxima del partido

[50] Para un análisis extenso de la crisis dentro del Partido Socialista, véase *Chile-América*, expediente titulado "La crisis en el socialismo chileno", núms. 54-55, junio de 1979, pp. 81-137.

como fuerza contrapuesta a Altamirano y como alternativa preparada para la secretaría general.

En los últimos años el Partido Socialista ha sido conmovido por la ruptura entre Almeida y Altamirano, ruptura que la ambigüedad de la herencia política de Allende ha hecho poco por resolver. Dicha ruptura desgastó las energías de los líderes y militantes del exterior, produciendo una ola de renuncias entre los miembros del partido. También afectó a los miembros que están en Chile, puesto que las direcciones rivales del exterior han afirmado que el apoyo de los militantes en Chile será la prueba decisiva de la legitimidad de sus respectivas posiciones.

El problema es que los esfuerzos por constituir una dirección interna única sólo ha contribuido a incrementar las disputas y la mayor fragmentación del partido. Si bien el sector originariamente vinculado a Carlos Altamirano logró en cierto momento producir una apariencia de red partidaria unificada y coordinada, su propio éxito condujo a un verdadero estallido de disputas y, al menos temporariamente, al ascenso del sector de Almeida.

Sería un error, sin embargo, culpar de estas graves dificultades solamente al partido y sus dirigentes. Los socialistas afrontan el espinoso problema de un partido básicamente democrático que intenta legitimar su dirección en una situación autoritaria. Anteriormente, las disputas por la dirección podían ser expuestas y planteadas, al menos temporariamente, en congresos del partido a los que asistían delegados elegidos por las organizaciones partidarias locales. Durante décadas, un proceso electoral más o menos abierto contribuyó a definir los pesos relativos de las distintas facciones. En cambio, como organización proscrita y sujeta a la vigilancia de los agentes del gobierno militar, el partido ha tenido que recurrir a reuniones secretas y a técnicas organizativas clandestinas. Esto ha hecho extremadamente difícil juzgar la representatividad de los nuevos grupos dirigentes que, por turno, son proclamados por una u otras de las facciones más consolidadas. Una separación significativa se ha desarrollado, por cierto, entre el grupo de los dirigentes más antiguos y los dirigentes más nuevos, inclusive jóvenes, que han logrado construir redes clandestinas. A falta de un proceso electoral interno viable, es imposible que la antigua dirección evalúe la magnitud del apoyo con que cuenta la dirección nueva; es igualmente dificultoso para la nueva dirección establecer en qué medida las bases todavía consideran a los antiguos dirigentes como verdaderos líderes de la organización.

La falta de mecanismos internos efectivos que puedan legitimar la dirección y resolver los equilibrios de poder en el partido, sumada a la falta de elecciones en la sociedad general —lo cual en épocas democráticas obligaba al partido a llegar a acuerdos con el imperativo más práctico de ganar las elecciones—, ha contribuido a exacerbar las disputas ideológicas y de facción que consumen la energía de los militantes. Esto ha originado cierto grado de parálisis que afecta las funciones organizativas y coloca al partido en desventaja al tratar con los demás partidos de la izquierda

y, en general, de la oposición. El partido existe como un gran conjunto de núcleos y una autoridad central escasamente concertada entre ellos. Existe el peligro de que la lucha ideológica y organizativa deje al partido en una situación débil para el caso de que se produzca una apertura democrática relativamente temprana. Si bien el electorado del partido no ha sido afectado significativamente, las dificultades organizativas dañarán la capacidad del partido para presentar una alternativa socialista unificada que movilice al electorado.

En cambio, el Partido Comunista, aunque severamente afectado por la represión del gobierno, ha logrado resistir el régimen autoritario con mucho mayor éxito. Su experiencia como organización clandestina en los años cincuenta, cuando el partido era ilegal, y su disciplina y cohesión internas mucho mayores, le han permitido mantener un marco organizativo con unidad de propósitos y dirección. De particular valor ha sido la organización celular del partido, la práctica de designar un Comité Central alternativo y clandestino tan pronto como el comité en vigencia asume sus funciones y la longevidad de la actual dirección del partido. Consecuentemente, el partido no enfrenta las severas dificultades que enfrentan los socialistas para legitimar su dirección y dar coherencia a sus líneas programáticas.

Los comunistas gozan también de una tremenda ventaja sobre sus rivales de la izquierda: el acceso a una gran audiencia en el país a través de las trasmisiones nocturnas de dos horas diarias por onda corta, dirigidas a Chile por Radio Moscú. Estos programas no sólo trasmiten comentarios sobre asuntos internos realizados por la dirección del partido en el exterior, que de esta manera mantiene sus nombres y voces ante los militantes, sino que constituyen un canal para informar sobre acontecimientos internos de Chile y trasmitir noticias del movimiento de resistencia. Los comunistas, por consiguiente, junto con los demócratas cristianos, tienen acceso a medios de comunicación que van más allá de las publicaciones clandestinas que produce la mayoría de los grupos.

Si bien el Partido Comunista distingue claramente entre dirección externa e interna, esta última está a cargo de la estrategia política inmediata mientras que aquélla proporciona líneas directrices más amplias y de largo alcance. La operación de Radio Moscú no sólo mantiene a la dirección externa presente en Chile; sus trasmisiones son también una prueba de que dicha dirección se mantiene muy bien informada sobre lo que ocurre en Chile. Es sorprendente lo familiarizados que esos comentarios están con los asuntos internos, hasta el punto de que a menudo utilizan los últimos giros de las expresiones coloquiales del país.

Los partidos más pequeños de la izquierda enfrentan algunas de las mismas dificultades de los socialistas, pero su naturaleza fragmentaria significa que poseen poco poder de convocatoria a porciones más amplias del paisaje político chileno. Sus actividades tienden a reducirse a operacierto sentido de identidad. Como hemos señalado antes, desempeñan cierciones en pequeña escala de redes embrionarias que procuran mantener

ta función al proporcionar vínculos personales entre los diversos grupos políticos y mantener cierta presencia en importantes círculos intelectuales.

Para concluir esta sección, debemos subrayar que las restricciones impuestas por el gobierno a las actividades partidarias conducen a un atrincheramiento de la acción en el corazón de los fieles. Esta situación, junto con la ausencia del aspecto electoral de la política —aspecto que tan importante fue en la labor de los militantes antes de 1973—, fortalece la primacía de los temas ideológicos y programáticos, lo cual, a su vez, plantea nuevos desafíos a la tarea de construir puentes de oposición entre las distintas líneas del partido y minimizar las divisiones internas. Desde el punto de vista del gobierno, esto tiene la no deseada consecuencia de exacerbar, y no reducir, las tendencias ideológicas de la política de partidos chilena.

Articulación de las redes partidarias con la sociedad civil

Tradicionalmente, los partidos chilenos han tenido vínculos amplios con las organizaciones de la sociedad civil. Sus militantes han estado presentes en sindicatos, comités de barrio, clubes de madres, asociaciones estudiantiles, etcétera, respondiendo al objetivo de los partidos de aumentar sus adherentes. Como hemos señalado antes, las autoridades militares consideraron que esta interpretación de redes partidarias y organizaciones civiles era una manifestación de politización excesiva, un síntoma de la crisis de la sociedad chilena. Su objetivo, por lo tanto, es eliminar a los militantes de los partidos del timón de esas organizaciones como primer paso hacia la creación de un nuevo orden social consensual.

Y sin embargo, en lo que es una de las grandes contradicciones del régimen actual, el marco político que éste creó ha llevado a una politización aún mayor de las organizaciones de la sociedad civil, aún cuando el nivel general de actividad haya declinado. Según la interpretación más inmediata, ésta es una de las consecuencias del propio intento de las autoridades por establecer a las organizaciones de la sociedad civil como sus principales interlocutores, como lugar para construir una nueva generación de líderes. En tanto tales, esas organizaciones son, naturalmente, lanzadas al centro del escenario político. Según una interpretación más profunda, sin embargo, el aumento de la politización resulta del hecho de que el régimen define la legitimidad del espacio organizativo con fracciones encapsuladas de la ciudadanía, al tiempo que revoca *per se* toda política de partidos. Las organizaciones de la sociedad civil se convierten, en consecuencia, en un sustituto del escenario político, en un canal central a través del cual pueden expresarse públicamente las opiniones políticas y, virtualmente, en el único vehículo a través del cual los militantes de los partidos

pueden conservar el vínculo con la masa de adherentes. Por consiguiente, todos los partidos de oposición han volcado sus esfuerzos al fortalecimiento de su presencia en dichas organizaciones, lo cual transforma a éstas en pista principal de la competencia entre partidos, en un momento en que la suspensión de las elecciones nacionales no proporciona ningún otro medio para calibrar los caudales de cada uno.

Debe señalarse que esta tarea es facilitada por el hecho de que el actual régimen ha creado un Estado de no partidos, eludiendo el modelo fascista. Si hubiera un partido —más o menos coherente ideológicamente— las organizaciones de la sociedad civil se encontrarían entre los militantes del régimen y los militantes de los partidos de oposición, con obvia desventaja para la acción de estos últimos.

En contraste con la esfera propiamente política, las organizaciones de la sociedad civil contienen un gran número de líderes e incluso militantes identificados con los objetivos específicos de las organizaciones, pero que son independientes de las redes partidarias —aun cuando puedan tener simpatías políticas. En consecuencia, los militantes de partido compiten en dos niveles dentro de estas organizaciones: por un lado, contra los militantes de otros partidos y los independientes para lograr posiciones de liderazgo formal; y por otro, contra los militantes de otros partidos para captar la adhesión y el apoyo de las figuras independientes más capaces. Los militantes de partidos poseen, sin embargo, varias ventajas respecto de los independientes. Su lealtad partidaria les proporciona una identidad común para construir una red dentro de la organización, lo cual los ayuda a coordinar esfuerzos para colocar a miembros del partido en posiciones de liderazgo. Además, debe señalarse que los militantes de los partidos tienden a ser los más activos individualmente, los que dedican más tiempo y esfuerzo a todas las formas de militancia. Asimismo, puesto que el partido proporciona a sus militantes una red que se extiende más allá de la organización civil específica e incluye unidades ubicadas a lo largo de toda la sociedad, los militantes tienen la posibilidad de obtener recursos externos provenientes de la red ampliada para lograr objetivos específicos de la organización. Uno de los medios principales para captar la adhesión de los líderes independientes es, por cierto, el de ofrecer los recursos de dicha red más amplia. Como es obvio, los tipos de recursos que se necesitan varían de una organización a otra.

Si bien esta forma de competencia existía antes del golpe militar, ha cambiado después de varias maneras. En primer lugar, mientras antes era relativamente abierta, hoy se ha vuelto subrepticia. La diferenciación entre figuras independientes y activistas del partido es, obviamente, algo que los militantes procuran conscientemente ocultar presentándose simplemente como miembros del grupo constitutivo donde actúan. Este es uno de los elementos que induce a los observadores a creer que en Chile ha ocurrido una despolitización (aunque ha ocurrido obviamente una desmovilización, que no es la misma cosa) y es parte integrante del proceso de desarrollo de un discurso político de doble sentido. En segundo lugar,

puesto que los partidos han perdido sus posiciones de poder e influencia gubernamental, están obligados a confiar exclusivamente en su red partidaria y en sus vínculos con otras fracciones de la sociedad civil para apoyar las actividades de las organizaciones específicas. Debe señalarse que también esto constituye una desventaja para los independientes, ya que éstos no han ganado lo que los activistas de los partidos perdieron: poder e influencia gubernamental. Y en tercer lugar, el gran énfasis que el actual contexto político pone en las organizaciones de la sociedad civil conduce a un proceso de reproducción de los militantes de partido que favorece a aquellos que actúan dentro de las organizaciones civiles. Esto ocasiona una tendencia creciente hacia la ruptura de las líneas de diferenciación entre organizaciones civiles y partidos. Las primeras se vuelven cada vez más sustitutos de los segundos, desde el momento en que las actividades partidarias son mantenidas por una identificación con intereses sectoriales.

No todos los partidos han sido favorecidos de la misma manera por esta transferencia de actividades a las organizaciones civiles, ya que no todos los partidos contaban con la misma penetración previa o con oportunidades para desarrollar adherentes dentro de ellas. Sin pretender ser totalmente inclusivos, diríamos que existen tres grandes fracciones significativas de organizaciones civiles. La primera es la Iglesia y toda una serie de organizaciones que surgieron bajo sus auspicios durante el presente período. La segunda está integrada por los sindicatos. Y la tercera son las instituciones culturales y sociales. Examinaremos brevemente cada una de las tres.

Se hará evidente que tanto los demócratas cristianos como los partidos de la izquierda marxista han tenido ventajas para hallar medios de expresión a través de estas instituciones.

1] *La Iglesia y su "sombrilla"*

Durante los primeros años del gobierno militar se restringieron las actividades de muchas de las más características organizaciones civiles chilenas, como las asociaciones estudiantiles, sindicatos, comisiones de barrio, etc. La Iglesia no sufrió el mismo grado de restricción y, como consecuencia, se convirtió en "sombrilla" para una serie de organizaciones y actividades de sectores de oposición que se cubrieron del vendaval utilizando su protección. Esto fue posibilitado por el hecho de que la Iglesia misma evolucionó rápidamente hasta emitir una voz disonante con la del gobierno. Las críticas de la jerarquía —y su mensaje de oposición— se centraban en tres temas: una vigorosa repulsa de la desconsideración del gobierno por los derechos humanos, un énfasis en los costos sociales de la nueva política económica y una negativa a permitirle al régimen utilizar la doctrina social de la Iglesia como fórmula de legitimación. Debe señalarse, sin embargo, que la Iglesia evitó una confrontación fuerte y directa con el gobierno cada

vez que ello pareció inminente. El objetivo último de la jerarquía fue preservar la viabilidad institucional y, en general, esto significó una buena disposición a acceder a las demandas del gobierno cuando éstas no eran comprometedoras. Según observa Brian Smith, la jerarquía adoptó una posición sin ambigüedades de crítica al gobierno sólo cuando algunos civiles y demócratas cristianos fueron objeto del ataque gubernamental.

No corresponde analizar aquí en detalle las diversas expresiones de las actividades de la Iglesia. Bastará decir que su Vicariado de Solidaridad (originalmente denominado Comité por la Paz), que cuenta con apoyo interreligioso, ha sido la principal organización para prestar asistencia legal a los detenidos y ha producido abundante documentación —publicada en siete volúmenes— sobre arrestos arbitrarios y desapariciones. Las parroquias y lugares de reunión de la Iglesia ubicados en sectores populares han albergado actividades organizativas de los barrios, centradas por lo general en asuntos de solidaridad. Éstos incluyen las cocinas populares para niños con hambre, comités de familiares de desaparecidos o desempleados, clubes de madres para enseñanza de oficios, etcétera. La Iglesia también ha promovido organizaciones para proporcionar asistencia técnica y créditos a cooperativas de obreros o campesinos, para producciones culturales, etcétera. Las publicaciones de la Iglesia, que incluyen artículos de crítica al régimen, tienen gran circulación y sirven de conducto para trabajos escritos de intelectuales y líderes opositores que utilizan seudónimos.

Con toda evidencia, son los demócratas cristianos los que más se benefician con la posición adoptada por la Iglesia. Ésta les proporciona importantes bases institucionales para conservar un nexo entre sus núcleos de apoyo en los barrios de miseria, en las cooperativas de obreros y campesinos e inclusive en el movimiento obrero. Los militantes del partido, por lo tanto, se mantienen activos a través de estos conductos, asegurando la sobrevivencia de una opción demócrata cristiana a través del período autoritario y para un futuro electorado de una eventual apertura democrática. El voto católico conservará una expresión propia, vehiculizada por una sigla partidaria específica ligada a una alternativa de régimen democrático. A este respecto, es tentador comparar a Chile con la España de Franco. Los excesos anticlericales de las fuerzas republicanas arrojaron a la Iglesia al campo antirrepublicano y a una identificación con el primer período del régimen franquista. Esta identificación socavó la posibilidad de conservar un partido identificado con los sectores católicos y que pudiera surgir como opción franca en una apertura democrática.

No debe interpretarse, sin embargo, que los estrechos lazos entre la Iglesia y los demócratas cristianos producen efectos negativos en los demás partidos. Tanto directa como indirectamente la Iglesia, al proporcionar una "sombrilla" a los demócratas cristianos, crea también un espacio de alivio para los partidos restantes. Particularmente importante ha sido el papel de la Iglesia al dar protección a los intelectuales desplazados de todos los partidos, los cuales, a su vez, desempeñan una importante función creando

puentes entre las diversas organizaciones políticas y suministrando un conjunto de talentos que responden críticamente a las políticas y acciones gubernamentales.

2] *Los sindicatos*

El movimiento sindical constituye uno de los mejores contextos organizativos para la reproducción de militantes de partidos en un momento en que están suspendidas las contiendas electorales. Los sindicatos permiten que los partidos coloquen a sus militantes en posiciones de importancia dentro de la dirección de la clase trabajadora y conserven un contacto y una presencia activos en las bases. Los sindicatos constituyen también un centro importante de actividad altamente organizada, especialmente cuando se permite algún tipo de tratativa formal colectiva. Y puesto que pueden aducir que hablan en nombre de miles de trabajadores, los dirigentes sindicales máximos se convierten en actores políticos protagónicos en períodos en que las direcciones partidarias tienen vedada la aparición en público. El movimiento obrero constituye así uno de los mejores sustitutos de las organizaciones partidarias.

Solamente en los dos últimos años incrementó el movimiento obrero el ritmo de sus actividades. Antes de ello, el gobierno militar había emprendido grandes purgas de líderes de izquierda e inclusive de trabajadores de base; asimismo, había prohibido todas las reuniones sindicales y las elecciones para renovación de las direcciones. Los dirigentes a nivel de fábrica fueron seleccionados simplemente mediante la designación de los trabajadores con mayor antigüedad para llenar las vacantes. Las actividades del movimiento obrero se redujeron a ocasionales declaraciones públicas de crítica emitidas por los dirigentes máximos de la confederación sindical, que generalmente eran de orientación demócrata cristiana. Las actividades de los militantes se expresaban principalmente a través de las manifestaciones del 1º de mayo y de ocasionales acciones en las grandes minas y plantas de tratamiento del cobre. La crisis económica, a su turno, puso una severa sordina a la militancia sindical.

El cambio de los últimos dos años sobrevino como consecuencia de las presiones ejercidas sobre el gobierno chileno por la American Federation of Labour-Congress International Organization (AFL-CIO) con la amenaza de boicotear todos los embarques a y desde puertos chilenos. Para evitar el boicot, el gobierno acordó convocar a elecciones sindicales y permitir que se volviera a las tratativas colectivas.

Como señala Manuel Barrera, las elecciones de las direcciones a nivel de fábricas fueron convocadas con 48 horas de anticipación y realizadas

el 31 de octubre de 1978.[51] Se prohibió que fueran candidatos los obreros que tenían una anterior militancia política reconocida y los que habían ocupado cargos en direcciones sindicales. Cada trabajador o trabajadora podía votar por quien quisiera, ya que no había boletas impresas con los nombres de los candidatos. Simplemente se pedía a los trabajadores que escribieran los nombres de sus elegidos en una boleta blanca que les entregaban las autoridades de la inspección sindical.

A pesar de las restricciones de que fue objeto el proceso electoral, observadores bien informados de tres partidos diferentes que fueron entrevistados en diciembre de 1979, señalaron que alrededor del 60% de los nuevos dirigentes estaban vinculados a los partidos comunista o socialista, y que alrededor del 35% eran de orientación demócrata cristiana. En otras palabras, la formación de un conjunto completamente nuevo de dirigentes sindicales sin experiencia reprodujo una distribución de adhesiones políticas similar a la que prevalecía en las direcciones sindicales antes del golpe militar de 1973.

El hecho de que los partidos de izquierda (y en menor medida los demócrata cristianos) no hayan perdido su presencia en el movimiento obrero no es algo sorprendente. Debido a que dichos partidos poseen largas vinculaciones con el movimiento obrero, es mucho más fácil para ellos utilizar su experiencia y recursos para reproducir a sus propios militantes dentro de las organizaciones de la clase obrera. El hecho es que la suspensión formal de las actividades sindicales no suprime el desarrollo entre los obreros de las redes de los lugares de trabajo. Es de sobra conocido el hecho de que el lugar de trabajo origina muchos vínculos y asociaciones informales, en los cuales los obreros pueden encontrar la ayuda y la guía de los más experimentados y en los que algunos son reconocidos por sus cualidades personales y liderazgo potencial. Lo más frecuente es que, en un ambiente represivo, los militantes de los partidos tiendan a convertirse en líderes de esos grupos informales, ya que por lo general son los más articulados y expresivos. Son también los que mayor conciencia tienen de los recursos externos (tales como asistencia legal, contactos políticos, ayuda financiera o simplemente solidaria) con los que los obreros pueden contar en caso de necesidad. En consecuencia, al organizar una elección con tan escasa anticipación y sobre la base de boletas manuscritas, los resultados tienden a favorecer a los que son ya líderes reconocidos de grupos informales. Además, puesto que el procedimiento de boletas manuscritas produce una considerable dispersión de votos, la elección tiende a concentrarse en aquellos que están en contacto con esos grupos informales, o inclusive en los que constituyen núcleos, aunque pequeños, bien organizados. Por consiguiente, las elecciones de octubre de 1978 dieron origen a una dirección sindical en una minoría significativa de los sindi-

[51] Véase Manuel Barrera, "Política laboral y movimiento sindical chileno durante el régimen militar", artículo presentado en el seminario "Seis años de régimen militar en Chile", patrocinado por el Latin American Program of the Woodrow Wilson International Center for Schoolars, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

catos del país, dirección que, al mismo tiempo, era legítima a los ojos del gobierno y genuina desde el punto de vista de los trabajadores, y que no se apartaba sustancialmente de la experiencia política previa.

El año siguiente, es decir, en octubre de 1979, el gobierno emitió finalmente su nuevo conjunto de leyes laborales. El objetivo de estas leyes es poner límites al poder y efectividad de los sindicatos, un punto que está tan claro que originó una condenación unánime y poco común de todos los líderes sindicales, inclusive de los que formaban parte de la confederación sindical inspirada por el gobierno. Un aspecto importante de la nueva legislación es que se inicia un ronda de tratativas colectivas con los empleadores, altamente atomizadas y controladas. Si bien los trabajadores participan en esas negociaciones con grandes desventajas incluidas en la ley, ésta por otro lado abre el camino para la realización de asambleas sindicales, abiertamente y por primera vez desde 1973. Estas asambleas significarán para los trabajadores la rara oportunidad de expresar abiertamente sus quejas y para los líderes la de subir nuevamente a un estrado y hablar sobre los temas del día. Finalmente, una consecuencia importante de la nueva ley es la de introducir una gran complejidad técnica en el proceso de tratativas laborales. Esto obliga a las direcciones sindicales sin experiencia a recurrir a la ayuda legal externa, la cual, dada la exigüidad de los fondos sindicales, deberá provenir por lo general de las redes partidarias, reforzando su importancia en el campo sindical.

Debe señalarse que la competencia entre partidos es mucho mayor en los sindicatos que en las organizaciones de solidaridad. Además, para actuar con éxito en el movimiento obrero los partidos necesitan bastante fuerza organizativa. Por consiguiente, las actuales divisiones del Partido Socialista no auguran nada bueno a su capacidad para mantener su posición como una de las principales expresiones políticas del liderazgo sindical. De manera similar, dada la falta de presencia de los radicales en el sindicalismo chileno, excepto en la federación de maestros y en algunas fracciones de los servicios públicos, el Partido Radical está claramente en desventaja respecto de los demás partidos. Los comunistas y los demócratas cristianos, cuyos sindicatos son fuertes en sectores algo distintos, tienen las mayores posibilidades de ganar en el marco actual a expensas de los otros grupos.

3] *Instituciones sociales y culturales*

Antes de 1973, los activistas y simpatizantes de los partidos contribuyeron a crear toda una serie de organizaciones sociales y actividades culturales. En las aldeas de muchas regiones, por ejemplo, podían observarse los clubes radicales, centros sociales donde la gente podía pasar el tiempo entretenida en juegos de salón. Frecuentemente los departamentos contra incendio —compuestos de voluntarios— eran organizados y dirigidos por personas vinculadas a una orientación política particular. Los clubes

deportivos constituían un medio muy utilizado para encapsular a la juventud en redes de individuos de la misma orientación política. La fenomenología de la vida en aldeas y barrios chilenos abunda en tales ejemplos, aun cuando las coloraciones partidarias particulares de los diferentes grupos permanezcan debajo de la superficie de las conversaciones diarias. La sociedad chilena sigue mostrando estos fenómenos, si bien los clubes específicamente "radicales" (o con cualquier otra sigla) han desaparecido. De hecho, desde 1973 los militantes de los partidos han realizado un gran esfuerzo para crear organizaciones inofensivas como los clubes deportivos de barrio.

Las producciones teatrales y los festivales folclóricos, jamás dedicados a trasmitir mensajes políticos en el pasado, actualmente los incorporan en una atmósfera más cargada. Esas actividades ofrecen la oportunidad de expresar en reuniones públicas un rechazo sutil pero evidente de la propaganda oficial y sus perspectivas para el futuro. El doble sentido con significado político ha pasado a ser una de las bellas artes. El público espera esas expresiones y responde vigorosamente a ellas. Es bastante obvio que esas producciones llegan a un público limitado y su efecto no es el de producir adhesiones políticas sino más bien el de desarrollar una cultura de oposición que refuerza las grandes tendencias no representadas en los círculos gubernamentales.

Las universidades constituyen centros importantes para el desarrollo de esta cultura de oposición. En los centros de altos estudios el movimiento estudiantil opositor ha dirigido gran parte de sus esfuerzos a la producción de una serie de hechos culturales y folclóricos. Los recitales de poesía de Pablo Neruda, junto con conferencias sobre su obra, han constituido, en particular, una actividad favorita de la juventud de izquierda. Los estudiantes con un grado mínimo de sofisticación pueden advertir rápidamente cuál de los partidos está promoviendo un acto particular. Para un observador externo, en cambio, es difícil la identificación puesto que las diferencias pertinentes forman parte de la cultura sutil de la vida estudiantil.

En gran medida el movimiento estudiantil ha sido reducido a tales actividades, ya que la dirección estudiantil formal fue designada directamente por las autoridades universitarias. Frecuentemente esa dirección es pasada por alto, ya que las quejas estudiantiles conducen a discusiones espontáneas sobre lo que los estudiantes quieren corregir, un proceso que estimula la formación de direcciones estudiantiles informales. En abril de 1978, las autoridades convocaron inesperadamente al cuerpo estudiantil de la Universidad de Chile —de lejos la más grande del país, con sedes en prácticamente todos los centros urbanos principales— para que eligieran presidentes de curso. La rápida campaña de las elecciones condujo a un resultado que los observadores, inclusive aquellos que escriben en el periódico *El Mercurio,* calificaron de victoria para el movimiento estudiantil de oposición. Solamente en la Escuela de Agricultura pudieron los candidatos oficiales obtener la mayoría. El resultado se produjo pese a varias purgas de estudiantes y después de una fuerte reducción del número de

estudiantes de extracción obrera. Todos los partidos de oposicion, inclusive los más pequeños como el Movimiento de Acción Popular Unitaria, actúan en la política estudiantil.

En resumen, a pesar de los esfuerzos del régimen militar por despolitizar la sociedad chilena, el marco actual ha dado lugar a un mayor sentido de politización en las expresiones organizadas de la sociedad civil. Este es el resultado de la violenta abrogación de los mecanismos institucionales tradicionales de la esfera política, la cual origina un desplazamiento hacia las organizaciones civiles como sustitutos del escenario político. Las organizaciones civiles proporcionan espacios a través de los cuales los partidos pueden mantener vínculos activos con fracciones de la ciudadanía, espacios que se apresuran a ocupar cuando se les da la oportunidad de hacerlo al ablandarse el brazo represivo del gobierno.

Este nuevo marco político ha estimulado a los partidos a formar militantes que puedan actuar hábilmente dentro de las organizaciones de la sociedad civil. En consecuencia, los partidos reproducen sus cuadros militantes adoptando una estrecha identificación con intereses sectoriales. Puesto que no todos los intereses encuentran expresiones organizadas, esta transferencia de las actividades partidarias a la sociedad civil favorece a los partidos que tienen mejores interrelaciones con los intereses sectoriales organizados. La izquierda, en particular, dada su asociación histórica con el movimiento obrero urbano, es favorecida por este deplazamiento del partido a la organización de la sociedad civil, inclusive en el caso del Partido Socialista, cuyas divisiones pueden debilitar la efectividad. La cobertura institucional de la Iglesia proporciona a todos los partidos —pero en particular a los demócratas cristianos— una excelente base para la reproducción de militantes a través de las actividades sociales y políticas. La reproducción de estos cuadros militantes es un elemento importante para el mantenimiento de la sigla partidaria y de la alternativa organizada que éste representa para el electorado de una eventual apertura democrática. Los partidos que reproducen a sus militantes pueden también reproducir sus direcciones. Consecuentemente, no tienen por qué confiar sólo en el reconocimiento del nombre de sus líderes máximos —que pueden no sobrevivir— para atraer los votos que corresponderían a su tendencia en el electorado.

Si bien este artículo ha subrayado la importancia de los partidos políticos en el panorama político chileno y su capacidad para mantener la presencia en el espacio organizativo definido por el régimen, es importante concluir señalando que los partidos chilenos no están ausentes de un debate público con el régimen. Tampoco se ocupan exclusivamente de mantener la viabilidad de su organización particular. Pasos significativos han sido dados para ampliar los marcos partidarios, en un esfuerzo por definir un régimen postautoritario y el futuro sistema de partidos.

No puede rebatirse que la presencia pública corresponde principalmente al Partido Demócrata Cristiano. Su situación de organización semilegal cercana a la Iglesia, cuyos más prominentes líderes —como el ex presidente

Frei— son sustancialmente inmunes a la represión gubernamental, le da a este partido un margen considerable de maniobra. A través de sus principales voceros y sus medios de comunicación, particularmente su exitoso semanario *Hoy,* el partido ha podido responder vigorosamente a la agenda pública fijada por las acciones del gobierno. Al principio se ocupó principalmente de proteger a los miembros y la organización del partido y de criticar los programas económicos del gobierno. Más recientemente, encabezó un intento por estructurar una alternativa legítima a los esfuerzos del régimen por redefinir las instituciones políticas de la sociedad. El mejor símbolo de esta acción es la iniciativa por establecer una comisión contraconstitucional, destinada a redactar un documento alternativo al preparado por la Comisión Constitucional del gobierno. El objetivo inmediato de la comisión fue preparar un documento constitucional que sirviera como contraparte de la propuesta gubernamental. Las implicaciones de largo alcance del esfuerzo, en cambio, han sido la estructuración de un amplio proceso de consulta entre elementos de diferentes partidos para reflexionar juntos sobre el futuro de la estructura constitucional de la nación.

Para que la contracomisión fuera legitimada, debía incluir representantes de todas las tendencias políticas adversas al régimen. El "Grupo de los 24", así denominado por el número de miembros del principal grupo de trabajo, incluye de hecho a personas provenientes de todos los partidos, que actúan en su propio nombre pero que claramente traen a la comisión los puntos de vista de la extremadamente amplia gama de la política chilena, desde los comunistas a los conservadores. Como tal, la comisión constituye un logro extraordinario, en particular porque implicó la estructuración de innumerables subcomisiones que incluyeron aproximadamente a un millar de estudiosos, expertos y líderes de varias organizaciones que trabajan en los principales centros urbanos del país. Sus conclusiones han sido abarcadoras y ahondaron en todos los aspectos de la vida nacional, desde las discusiones altamente teóricas sobre la naturaleza de la "nacionalidad", hasta consideraciones sobre el futuro del sistema judicial, o el tema más controvertido y complicado de la propiedad social y las empresas del Estado, o el tema potencialmente deletéreo de un futuro estatuto que rija la conducta de los partidos políticos. En sus pronunciamientos públicos, la comisión ha subrayado la importancia de la democracia electoral como único sistema viable para el país, señalando que toda modificación del sistema institucional debe enraizarse en una continuidad constitucional que parte de la constitución de 1823, la que a su vez es una modificación de la de 1833.

El Grupo de los 24 ha servido así como base efectiva para que la oposición al régimen emita una respuesta colectiva y unificada al proyecto regenerador del gobierno. Asimismo, ha mantenido ante los ojos del público la expresión de una extensa gama de elementos que postulan el retorno a procedimientos democráticos arraigados en el pasado del país. Ha servido también como un medio efectivo para estimular el diálogo

entre líderes y grupos políticos que, pocos años atrás, estaban embarcados en conflictos amargos y mordaces, un diálogo que, en no pequeña medida, puede ayudar a delinear un futuro marco político en el que se pueda concordar o disentir. Juan Linz ha señalado que en los cuarenta años de franquismo en España nunca se llevó a cabo un esfuerzo organizativo similar, unificado y de amplia base, para definir un régimen futuro. Probablemente tampoco ha ocurrido en otras situaciones autoritarias, ni en Europa ni en América Latina.

No es nuestro propósito subestimar los formidables obstáculos que aún permanecen y dificultan un amplio entendimiento entre los grupos políticos. La crecida importancia de la ideología bajo un régimen autoritario donde no hay elecciones constituye un obstáculo más para llegar a bases comunes. Más significativamente aún, las dificultades para legitimar una dirección partidaria interna en condiciones represivas —que hemos descrito antes y que afectan en particular al Partido Socialista—, convierten a todo diálogo interpartidario en una empresa extremadamente azarosa. Si para los propios líderes de un partido es difícil establecer la fuerza relativa de los líderes intermedios y de las facciones internas, la tarea es imposible para los líderes de otros grupos que, sin embargo, deben juzgar las credenciales y representatividad de sus interlocutores. Los dirigentes políticos chilenos deben tratar con varios representantes del Partido Socialista para evitar el riesgo de dejar afuera a una u otra facción. En tales circunstancias, los partidos semilegales como el demócrata cristiano y los muy cohesionados como el comunista pasan a representar las bases más sólidas del sistema de partidos que puede estructurarse mediante el diálogo.

Irónicamente, y debido precisamente a que dichas bases también representan los polos ideológicos del sistema (en particular por la ausencia de derechos democráticos), las posibilidades de una estrategia viable de liberación se reducen considerablemente. El futuro del diálogo interpartidario dependerá mucho de la capacidad del Partido Socialista Chileno para superar algunas de sus dificultades internas, y también de la capacidad de otros grupos más centristas —como los radicales— para unificar sus diversas facciones y contribuir a cubrir el centro del espacio político.

Como quiera que sea, cualquier observador imparcial concluiría que es grande el avance realizado, tanto para proporcionar una presencia permanente de los partidos en el espacio organizativo disponible e inclusive oficialmente definido, como para asumir la considerable tarea de estructurar el tipo de entendimiento necesario para una futura apertura del régimen.

Conclusión

Desde su comienzo mismo, el gobierno militar chileno calificó su cometido de regenerador, es decir, destinado a transformar las características básicas del sistema político del país. Por esa razón, el objetivo de su política represiva abarcó pronto no sólo a los partidos y grupos de izquierda sino a importantes elementos políticos tales como el Partido Demócrata Cristiano y varias organizaciones de la clase media. Si bien los gobernantes militares han sido lentos en el diseño de un orden político alternativo, algunas medidas, como la promulgación de una nueva legislación laboral, la transformación del aparato del Estado y el cambio radical de la política económica, han sido instituidas con ese objetivo.

Sin embargo, la destrucción del sistema político chileno y, más concretamente, de sus partidos y del sistema de partidos (objetivo básico del gobierno de Pinochet), es algo muy improbable en el futuro próximo. La experiencia de otros países como España, con una trayectoria mucho más larga de régimen autoritario que siguió a un período más ambiguo de gobierno democrático, apunta a la permanencia de lo que hemos llamado "panorama político". Las tendencias claramente definidas del electorado encuentran expresión en partidos políticos organizados que han actuado durante varias generaciones. La limitación de las actividades organizativas y electorales de los partidos, en lugar de debilitar la política contribuye a congelar la posición de los líderes reconocidos, estimula la preocupación por los temas ideológicos y desplaza la atención de los partidos de las adhesiones electorales a una preocupación por penetrar las esferas de la sociedad civil. Indudablemente, la viabilidad de las organizaciones partidarias les ha permitido no sólo mantener su presencia en instituciones y grupos preexistentes, sino ocupar el nuevo espacio organizativo instituido por las autoridades para "curar" el país de partidos y políticos. Dicha tarea ha sido facilitada por la disolución de la derecha como movimiento organizativo y por la falta de disposición de las autoridades a lanzar un movimiento político propio capaz de absorber a la derecha tradicional y captar nuevos elementos de apoyo. Esta falta de disposición es producto no sólo de la renuncia de los militares a seguir un curso movilizatorio, sino de su sospecha de que tendrían que afrontar el severo desafío de las persistentes adhesiones a los partidos y de la capacidad organizativa de los grupos políticos.

Es posible colocar al régimen chileno dentro de la forma general de los regímenes latinoamericanos reaccionarios que llegaron al poder para frenar la excesiva movilización y/o implementar un modelo más dinámico de desarrollo de conformidad con las presiones de intereses nacionales e internacionales. Esta caracterización, sin embargo, corre el riesgo de pasar por alto las grandes y, en el largo plazo, significativas diferencias entre regímenes que surgen de distintas experiencias políticas previas. La clave es que la caracterización de un régimen debe ir más allá de la mera des-

cripción de un gobierno. Esta última se limita a las intenciones de los gobernantes, sus asesores y aliados, y al impacto de corto plazo sobre los grupos perseguidos y no perseguidos. La caracterización de un régimen, en cambio, implica un enfoque mucho más amplio, que trascienda las acciones e intenciones gubernamentales y analice la naturaleza de los elementos de oposición y la interacción de dichos grupos entre sí y con el gobierno. A su vez, la comprensión de los grupos opositores sólo puede ser alcanzada mediante una consideración previa de la naturaleza del sistema político y de la historicidad de los grupos, particularmente de los partidos políticos, anterior a la llegada del régimen autoritario.

No estamos abogando por una especie de relativismo cultural, según el cual cada país afronta condiciones diferentes inclusive frente a lo que se presenta como notables paralelismos entre los regímenes autoritarios. Tampoco estamos en contra de la importancia de un esfuerzo por llegar a una comprensión generalizada del fenómeno autoritario. Lo que postulamos es que una taxonomía de los regímenes autoritarios no puede valerse exclusivamente de las características exteriores de tales regímenes, sino que debe tomarse en cuenta el contexto en el cual dichos regímenes son impuestos. Las importantes diferencias entre los casos chileno y argentino se deben menos a diferencias en el nivel de represión o de la política gubernamental, que a las características muy diferentes de los sistemas políticos que sucumbieron ante el gobierno militar. Darse cuenta de esto es importante no sólo para caracterizar los regímenes, sino para comprender sus perspectivas futuras y las perspectivas de una eventual apertura democrática.